

UN MUNDO SIN
DINERO: EL
COMUNISMO (1)



Título original: *Un monde sans argent: le communisme*

(este texto ha sido realizado
por el colectivo francés “Les amis de 4 millions
de jeunes travailleurs”)

Realización: Etcétera

Edita: Roselló Impressions, P.E 1620/76.

Imprime: Especialidades Gráficas, S.A.

Depósito Legal: B-26.944-1977

I.S.B.N: 84-400-3335-4

Correspondencia: Etcétera

Apartado de Correos 1363
Barcelona.

UN MUNDO SIN DINERO: *El* *COMUNism* *O*

índice

1.	¿qué es el comunismo?	4
	¿ciencia-ficción?	4
2.	¿comunismo o capitalismo?	5
	el sacacorchos	5
	el modo de producción capitalista	6
	la propiedad privada	7
	el beneficio	7
	asalariado e industrialización	8
	el Estado y el capitalismo	9
	Recuperación	10
	las salvajes	11
	MARX & ENGELS	12
3.	fin de la propiedad	13
	¿qué es la propiedad?	13
	la cuestión agraria	15
	de la escasez a la abundancia	17
	transformación de los productos	18
4.	MAS ALLA DEL TRABAJO	19
	trabajo y tortura	19
	ciencia y automatización	21
	sociedad de clases y robotización	23
	la remuneración	23
	la pereza	24
	reparto de tareas	25
	trabajos penosos	27
	el fin de las separaciones	28
	producción y consumo	29
	producción y educación	30

1. ¿QUE ES EL COMUNISMO?

EL COMUNISMO ES LA NEGACION DEL CAPITALISMO. Un movimiento producido por el desarrollo y el triunfo del modo de producción capitalista, que terminará por destruirlo y parirá un nuevo tipo de sociedad. Donde se encuentra un mundo basado en el asalariado y la mercancía debe aparecer un mundo donde la actividad humana no sea jamás el trabajo asalariado y en donde los productos de esta actividad no serán ya objeto de comercio.

Nuestra época es la de esta metamorfosis. Reúne los elementos de la crisis del capitalismo y todos los materiales necesarios para la resolución comunista de esta crisis.

DESCRIBIR los principios del comunismo, examinar como permiten asegurar la vida futura de la humanidad y demostrar que ya están en marcha frente a nuestros ojos, he aquí lo que vamos a intentar.

¿Ciencia-ficción?

Queremos ilustrar lo que será el mundo mañana, la sociedad comunista que deseamos. No se trata de rivalizar con la ciencia-ficción o el periodismo escribiendo un reportaje sobre la vida de las personas y animales del futuro. No disponemos de ninguna máquina para acelerar el tiempo. A pesar del interés de la cuestión no podemos prever quien se impondrá en la guerra que opone al pantalón y a la falda, la butifarra de La Garriga y la sobrasada de Mallorca. Tampoco podemos garantizar que la humanidad vaya a tener futuro. ¿Quién nos asegura que no seamos barridos por una guerra nuclear o un cataclismo cósmico?

Dicho esto, prever resulta deseable y posible. Queremos describir la sociedad comunista sobre la base de sus reglas generales.

Es necesario mostrar que mañana podrá ser otra cosa que la simple actualidad mejorada o reformada.

Con objeto de no ser demasiado insípidos entraremos en detalles, aportaremos ejemplos. No hace falta tomarlos muy en serio. Cada cual puede poner y quitar.

El futuro no es neutro. El capital tiende a ocupar y someter todo espacio social. Pero no puede, como lo imaginan los autores de ciencia-ficción, organizar el comercio de sus mercancías y de sus asalariados entre el pasado y el futuro.

El capital toma la revancha en el campo de la publicidad y la ideología. Nos invita a vivir el futuro en la actualidad, a comprar el reloj o el coche o la lavadora del futuro. Concepciones de un futuro capitalista llenan nuestro presente.

Discutir sobre la organización comunista de la sociedad es, a pesar de los riesgos de error, comenzar a levantar la chapa de plomo que pesa sobre nuestras vidas.

La antigua pregunta de los reaccionarios “¿Pero qué proponéis como alternativa?” debe ser rechazada inmediatamente. No somos mercaderes de ideas. No tenemos que lanzar una sociedad de recambio al mercado como se lanza una nueva marca de jabón. **EL COMUNISMO NO ES OBJETO NI DE COMERCIO NI DE POLITICA: ES LA CRÍTICA RADICAL DE ESTO.**

El comunismo no es un Programa que se pueda ofrecer a escoger entre electores o consumidores, aunque sea democráticamente. Es la esperanza para las masas proletarizadas de abandonar para siempre su situación de simples electores o consumidores.

Estos que se ponen en situación de simples espectadores, que creen poder juzgar sin su adhesión, quedan excluidos del debate.

SI ES POSIBLE HABLAR DE LA SOCIEDAD REVOLUCIONARIA ES PORQUE ESTA YA SE ESTÁ PARIENDO EN LA SOCIEDAD ACTUAL

Cierta gente encontrará nuestras tesis locas e ingenuas. No esperamos convencer a todo el mundo. ¡Si esto sucediera sería inquietante! de todas formas habría quien preferiría reventarse los ojos antes que reconocer la autenticidad de nuestras posiciones.

LA REVOLUCION PROLETARIA SERA LA VICTORIA DE LA INGENUIDAD FRENTE A UNA CIENCIA SERVIL Y DISECADA

Todos estos que piden demostraciones que vayan con cuidado. Se arriesgan a que se las

hagan no en la calma de sus laboratorios sino violentamente y sobre su vientre.

Antes de decir lo que es el comunismo es preciso despejar el terreno. Es necesario denunciar las mentiras acerca de él y decir claramente lo que no es el comunismo. Siendo el comunismo una realidad tan simple, tan ligada a la VIDA COTIDIANA con la que se identifica, las peores contra-verdades no han dejado de desarrollarse en torno al comunismo.

Esto no es ninguna paradoja más que para el que ignora que en la “SOCIEDAD DEL ESPECTACULO” es justamente el significado de lo que es cotidiano y familiar que debe ser rechazado.



2. ¿COMUNISMO O CAPITALISMO?

Corrientemente se opina que el comunismo sería en principio una DOCTRINA elaborada en el siglo XIX por dos célebres hermanos siameses llamados K. Marx y F. Engels que sería perfeccionada poco más tarde por el fundador del Estado bolchevique Lenin.

Sería aplicada con más o menos mala leche en un cierto número de países: URSS, Europa del Este, China, Cuba... En este sentido se discute para saber si Yugoslavia o Argelia son regímenes socialistas, capitalistas o mixtos. Tanto si te tranquiliza como si te... duele no vamos a alabar las gracias de tal socialismo o comunismo.

Nosotros no vamos a confundir la gimnasia con la magnesita, la monotonía grisácea de los países del Este o los delirios de la personalidad en China con un futuro radiante de la humanidad.

El sacacorchos

El comunismo no fue fundado ni por Marx, ni por Engels, ni por el Faraón Ramsés II. Puede existir un inventor genial en el origen del sacacorchos o de la pólvora o de la paella valenciana. No lo hay en el origen del comunismo, tampoco en el origen del capitalismo.

LOS MOVIMIENTOS SOCIALES NO SON ASUNTO DE INVENTORES GENIALES...

Engels, después de Marx, había sintetizado un movimiento ya consciente de su existencia. No pretendieron jamás haber inventado el hecho o la palabra. Sobre la sociedad comunista poco escribieron. Ayudaron al Movimiento y la teoría comunista a librarse de las brumas de la religión, del racionalismo y del utopismo. Incitaron al proletariado a no fundamentarse en los planes de tal o cual reformador o en las revelaciones de tal o cual iluminado...

LOS REVOLUCIONARIOS VERDADEROS NO FETICHIZAN LAS IDEAS DE MARX Y DE ENGELS. Saben que son fruto de una época determinada y que tienen sus límites. Los dos hombres evolucionaron y estaban en contradicción a veces. Se puede encontrar “todo” en las obras de Marx. ¡Es necesario ser capaz de escoger!

No pretendemos ser marxistas. Pero denegamos a los que se pretenden marxistas el derecho a apropiarse y falsificar el pensamiento de sus ídolos.

La prueba de la impotencia de los grandes hombres frente a los movimientos de la historia nos viene dada por la innoble forma de degenerar la obra de Marx y Engels para ser utilizada contra el comunismo.

Hay individuos más dotados y clarividentes que la masa de sus semejantes. La sociedad de clases cultiva estas diferencias. Repercuten en el seno del Movimiento comunista. No discutimos para saber si son los jefes o el pueblo quien hace la historia. Nosotros decimos que la obra de Marx como la de Fourier, de Bordiga o de cualquier otro portavoz del comunismo sobrepasa el simple punto de vista de un individuo. El comunismo no niega las diferencias de capacidad, no reduce los teóricos a simples amplificadores de las masas pero contrariamente es el enemigo encarnizado del profesionalismo y del liderazgo o vedetismo.

EL COMUNISMO NO ES NINGUNA IDEOLOGIA NI DOCTRINA. Así como hay acciones comunistas hay también palabras, escritos, una teoría comunista, PERO LA ACCIÓN NO ES LA APLICACIÓN DE UNA IDEA. La teoría no es el plan pre-establecido de

un combate o de una sociedad el cual convendría trasladar de la mejor manera a los hechos.

EL COMUNISMO NO ES UN IDEAL

Los países que se proclaman marxistas-leninistas no son zonas donde los principios del comunismo hubieran sido mal aplicados por tal o cual razón. Estos países son capitalistas. Su régimen presenta unos caracteres particulares pero es tan capitalista como cualquier régimen liberal. Se puede decir que un país como Polonia o la República Democrática Alemana es mucho más capitalista que muchos países poco industrializados del "mundo libre". En estos países "comunistas" se combaten ciertas tendencias espontáneas del capital. Esto se hace para el buen desarrollo general del capitalismo y esto no es en absoluto una particularidad.

La planificación imperativa, la propiedad colectiva de los medios de producción, la ideología proletaria... no tienen nada absolutamente de comunista. Son aspectos del capitalismo que en estos países han sido acentuados. Todos los caracteres fundamentales del sistema y la lógica de la acumulación del capital (rebautizada "acumulación socialista") se le adaptan perfectamente.

El modo de producción capitalista.

Ver el socialismo o el comunismo en los regímenes marxistas-leninistas es desconocer su realidad, es sobre todo demostrar que se ignora lo que es el capitalismo: se le considera fundamentado en el poder de una clase bien particular (la burguesía), en la propiedad privada de los medios de producción, en la búsqueda frenética del beneficio. NINGUNO DE ESTOS ASPECTOS ES FUNDAMENTAL.

La burguesía es la heredera de la antigua clase de los mercaderes. Después de haber desarrollado largo tiempo un papel importante pero bien delimitado en el seno de las sociedades de base agraria, la burguesía mercantil se puso a controlar, en el curso de la Edad media europea, ya no las simples mercancías sino los instrumentos de producción. De entre ellos la fuerza de trabajo humana, de la cual hizo por

medio del salario, una mercancía. Esto es el origen del capitalismo.

La burguesía está en el poder a partir del momento en que llega a ser clase dominante gracias a la potencia de las fuerzas económicas e industriales que se dan y que han dejado caducas las antiguas formas de producción. Pero la burguesía no puede hacer otra cosa que doblegarse ante las leyes de su economía. Propietaria del capital, debe obedecer a esta fuerza que la arrastra, la trastorna y a veces la hace fracasar. El individuo o la empresa particular disponen de un margen de maniobras, aunque no puede navegar mucho tiempo a contracorriente.

Ninguna clase en el pasado pudo satisfacer todos sus caprichos utilizando el poder que aparenta disponer. El peor de los tiranos no se puede mantener más que reconociendo los estrechos márgenes de su soberanía real. Es un error querer explicar los fenómenos sociales en términos de poder. Esto vale menos para el capitalista que para los sistemas que lo han precedido. La clase de los gerentes del capital se ha visto remodelada sin cesar por la misma acción del capital. ¿Qué hay de común entre el mercader rico de la Edad media y el directivo (manager) moderno? Sus motivaciones y sus gustos son diferentes. Esto es necesario para que puedan desempeñar la misma función en dos momentos del desarrollo del capital. La clase de los señores feudales se distinguía por la tradición y la herencia. Esto ya no valía para una burguesía que se descomponía y se rehacía a través del éxito, los casamientos y los fracasos.

Las relaciones que unen al esclavo y el maestro o amo, el siervo y el señor son relaciones personales. Contrariamente, más que a un patrón, el proletario moderno está ligado a un sistema. Lo que le encadena no es una alianza personal o un contrato particular sino directamente la necesidad de sobrevivir, la dictadura de sus propias necesidades. El proletario desarraigado de su gleba y separado de los medios de producción no tiene otra solución que prostituirse. Es libre, maravillosamente libre. Puede incluso si esto le entusiasma rechazar irse a vender su fuerza de trabajo y reventar de hambre.

Un burgués o un político pueden fracasar a nivel personal. En Rusia o en China es toda una fracción de la clase burguesa internacional que se ha encontrado en la estacada. Se ha visto reemplazada por una burocracia. ¡Que no se vea en ésta una clase radicalmente diferente! Un banquero o un jefe de industria “comunista” se parece más a su adversario capitalista que éste a su “antecesor” no ya del siglo XV o XVIII sino de hace 50 años.

Si el capitalismo, sea occidental u oriental, no se puede explicar por el poder de la burguesía, el comunismo puede explicarse aún menos por el poder del proletariado. Su advenimiento significa la autodestrucción del proletariado.

La propiedad privada

La propiedad privada de los medios de producción no es un rasgo constitutivo del modo de producción capitalista. Hace referencia sólo a la esfera jurídica. Subsiste en el Este con las parcelas de tierras de los campesinos. En occidente es roída por la propiedad pública. El Estado es, a menudo, propietario de grandes conjuntos industriales. Aunque nacionalizados, Correos o la Red de Ferrocarriles no han perdido su naturaleza capitalista. En esta tendencia del Estado a convertirse en propietario de las fuerzas productivas F. Engels veía una evolución general que relegaría el capitalismo privado al museo de antigüedades.

El desarrollo del capitalismo moderno tiende a disociar cada vez más propiedad privada y gestión de las fuerzas productivas. No sólo los dirigentes de las compañías nacionalizadas no son propietarios del capital que controlan, sino que los de las industrias privadas de grandes dimensiones, si son propietarios, lo son de una ínfima parte del capital. Las necesidades en capital de los gigantes industriales sobrepasan de lejos lo que una fortuna personal o familiar podría proporcionarles.

Estos conjuntos funcionan con el dinero que les proporciona una masa de pequeños accionistas y de ahorradores que no tienen prácticamente ningún poder.

La situación de los países del Este debe ser comprendida en función de esta evolución general del capital.

El beneficio

El capitalista se supone que está motivado por la búsqueda del máximo beneficio. La expresión “máximo beneficio” no quiere decir gran cosa. Un patrón puede intentar un día, o una semana, o todo un mes, hacer mover hombres y máquinas a toda pastilla si está seguro de encontrar mercados. Corre el riesgo de arrepentirse con bastante rapidez de haber agotado su capital. El fracaso de una tentativa de este género tuvo lugar en China con “el gran salto adelante”. La importancia del beneficio deducido y, por consiguiente, el volumen de las rentas de los accionistas y de los dirigentes, la tasa de crecimiento económico, no son decididos libremente por capitalistas todopoderosos.

Hacer dinero, he aquí lo que impulsa al capitalista, ya sea para enriquecerse ya sea para invertir. Si no lo hace, por despreocupación, o por bondad o porque ya no le es objetivamente posible, su empresa será eliminada. Esto también vale para el burócrata, unido al temor de sanciones administrativas. Por lo demás, ni en la URSS ni en China se proclama que el beneficio haya desaparecido; por el contrario, se busca el beneficio para el bien del pueblo, para construir el comunismo. ¡Se ha convertido en un instrumento de medida económica al servicio de la planificación!

Tanto en el Este como en el Oeste, y tal como lo explicó Marx, no puede explicarse el desarrollo del capitalismo por el incentivo de la ganancia. Es lo contrario lo que es verdad. Las nociones de beneficio o de renta del suelo no explican la marcha del sistema. Sólo son las categorías a través de las cuales las clases dirigentes toman conciencia de las necesidades económicas y motivadas a actuar. Contrariamente a los humanistas de izquierda que ven o pretenden hacer ver en el beneficio su gran enemigo, los revolucionarios no se dejan ilusionar. No reprochamos al sistema su inmoralidad; no nos agarramos a unos sectores arcaicos que no son rentables.

EL BENEFICIO DESAPARECERA CON LA REVOLUCION, ¡y sin demora! Hasta que llegue aquel momento juega, en cierta medida, un papel de protección de los trabajadores. Impone límites a la tiranía patronal, obliga a cuidar el material humano. Si fuera posible abolir el beneficio conservando el capital, la empresa media se inclinaría hacia el retorno a los campos de concentración y la sociedad se deslizaría hacia la barbarie más absoluta. El nazismo no es un accidente de la historia; es el desencadenamiento de fuerzas que continúan agazapándose en los bajos fondos de la civilización del capital. El beneficio fija unos límites al autoritarismo, a la voluntad de dominación y aplastamiento que engendra un sistema inhumano.

¡Que se eche la culpa al beneficio! Pero entonces que también se le eche la culpa al conjunto de una sociedad en la que es la misma vida del hombre lo que se convierte en mercancía.

Asalariado e industrialización

El modo de producción capitalista está construido sobre dos pilares solidarios que lo distinguen de los modos de producción que le han precedido.

El primero de estos pilares es el sistema asalariado. Había habido ya hombres que habían alquilado a otros sus encantos, su servidumbre política, su capacidad militar e incluso su fuerza de trabajo. Pero todo ello había permanecido marginal en unos conjuntos sociales compuestos de pequeños grupos entre los que moneda y mercancía no circulaban mucho. El desarrollo del capitalismo significa la introducción verdadera del asalariado en la esfera de la producción, lo convertirá en la forma general de explotación.

El segundo pilar es la industrialización en tanto que mutación de las relaciones del hombre con la naturaleza y con su propia actividad. El hombre no se contenta ya con arañar el suelo para extraerle su subsistencia. De ahora en adelante tomará como tarea transformar sistemáticamente y a una escala creciente la naturaleza. El capitalismo es una revolución ininterrumpida de los métodos productivos; es el progreso de la "ciencia" y de la "razón", frente al fatalismo y al

oscurantismo. Es el movimiento que sucede a la inmovilismo de las sociedades agrarias.

EL COMUNISMO NO HARA MARCHA ATRÁS. El fin del sistema asalariado no significa el retorno a la esclavitud o a la servidumbre. La superación del proceso de "conquista de la naturaleza" y de la organización industrial no quiere decir vuelta al inmovilismo anterior.

EL COMUNISMO ABANDONARA EL CARÁCTER AGRESIVO Y DESORDENADO DE LA ACCION DEL CAPITAL. Su objetivo no es destruir, compartimentar y someter, sino actuar globalmente sobre el mundo para humanizarlo, volverlo habitable. Más allá de la industria reconciliará lo útil y lo agradable. Encontrará a un nivel superior la familiaridad perdida que unía al ser humano con su entorno.

El capitalismo no comenzó a desarrollarse una buena mañana porque, de pronto, se dieran cuenta de la eficacia que contenía. No es una victoria del conocimiento; se impuso en el trabajo a través de convulsiones sociales a menudo crueles e irracionales. Ha suscitado reacciones de revuelta; ha retrocedido para avanzar mejor. A sus asalariados los "pescó" entre una masa de campesinos que previamente había arrojado de sus tierras y reducido al estado de mendigos.

El movimiento del capital tiene un doble aspecto. Por una parte es desarrollo de fuerzas productivas humanas y materiales, por consiguiente de valor de uso, de utilidad. Por otra parte es desarrollo de valor de cambio. La mercancía presentaba ya este doble aspecto; el capital continúa siendo mercancía pero es además valor que tiende a aumentarse sin cesar.

El capital se manifestó largo tiempo bajo la mercancía. El mercader pudo, gracias a su ingeniosidad o a su astucia, poseer y hacer mover una masa creciente de productos. El usurero igualmente, manejando sólo dinero. Pero estas formas primitivas del capital no podían extenderse indefinidamente; el valor permanece parasitario y no crea los medios necesarios para su acumulación. Es sólo apoderándose y fijando un valor sin cesar creciente en los medios de producción como el capital pudo realmente extenderse. Es un vampiro que se nutre de valor, es decir de trabajo humano; debe, para conseguir

sus fines, desarrollar el maquinismo y la productividad. Para él esto son los medios solamente; para nosotros esto es, a fin de cuentas, lo que nos importa. Esta evolución técnica toma a menudo formas amargas: paro, armas mortíferas, saqueo de la naturaleza, pero permitirá revolucionar la actividad humana y salir de la era bárbara de las sociedades de clase.

EL COMUNISMO NO DERROTA AL CAPITAL PARA REENCONTRAR LA MERCANCIA ORIGINAL. El intercambio mercantil es un lazo y un progreso, pero es un lazo entre partes antagonistas. Desaparecerá sin que se vuelva por ello al trueque, esta forma primitiva del intercambio. La humanidad ya no estará dividida en grupos opuestos y en empresas. Se organizará para ordenar y utilizar su patrimonio común, para distribuir tareas y goces. **LA LOGICA DEL DON (DEL COMPARTIR) REEMPLAZARA A LA LOGICA DEL CAMBIO.**

EL DINERO DESAPARECERA. NO ES UN INSTRUMENTO NEUTRO DE MEDIDA. ES LA MERCANCIA EN LA QUE SE REFLEJAN TODAS LAS DEMAS MERCANCIAS

El oro, la plata, los diamantes no tendrán otro valor que el que nace de su utilidad propia. Siguiendo el deseo de Lenin se podrá reservar el oro para la construcción de urinarios.

El Estado y el capitalismo

En el campo “comunista” el dinero continúa circulando tranquilamente. La división por fronteras y, en el interior de estas fronteras, la división de la economía en empresas, funciona de maravillas.

El papel que el Estado juega en la economía y que se funda jurídicamente en la propiedad pública de las empresas se explica por su naturaleza capitalista.

El Estado y la mercancía son viejos amigos. Los mercaderes quieren que la sociedad sea unificada, que los ladrones sean perseguidos y que la moneda esté garantizada. El Estado y la burocracia hallan, con la circulación de bienes y de personas, el medio de desprenderse del mundo agrícola.

El Estado moderno, monárquico o republicano, es el producto de la disolución de las estructuras feudales por el capital. Se opone a los intereses particulares en tanto que representante del interés general. El capital lo necesita porque le ayuda a rebasar las contradicciones y las oposiciones que no puede evitar provocar. La monarquía y la burguesía, a pesar de momentos difíciles, se sostuvieron frente a la feudalidad. La unificación política era necesaria para el desarrollo de las empresas comerciales e industriales. La fortuna y la riqueza permitían el refuerzo y la autonomía del poder del Estado. Con frecuencia el Estado intervino directamente para proporcionar o reunir los capitales necesarios para tal o cual rama industrial. Puso a punto el arsenal jurídico necesario para el desarrollo de una mano de obra libre. Liquidó las antiguas costumbres y las viejas trabas. Cuando la burguesía aparece directamente en la escena política hace ya mucho tiempo que es una fuerza dominante y que el Estado monárquico había pasado a su servicio.

En Rusia y en Japón, países que fueron lanzados a la escena internacional en situación de sub-industrialización, es el mismo Estado el que provocó y organizó el desarrollo del capitalismo. Lo hizo para preservar las bases de su propio poder, para abastecerse en armas modernas. Al poner el capital a su servicio no hizo más que inclinarse ante su superioridad. La monarquía inició un proceso que finalmente iba a destruirla. Las condiciones necesarias para este injerto no existían en todas partes. Si tuvo éxito en el Japón fue porque el Estado era ya autónomo y el comercio estaba ya desarrollado. La China fracasó momentáneamente, así como la mayor parte de los otros países precapitalistas.

El Estado debe intervenir a menudo para corregir a un capital que quiere mostrarse caprichoso y prefiere instalarse allí más que en otra parte. Los regímenes burocráticos no hacen más que acentuar esta tendencia hasta un punto jamás alcanzado.

El capitalismo del Este ¿permite un crecimiento más armonioso o más racional que el capitalismo occidental? La pregunta no tiene mucho sentido. Si surgió es gracias a los decaimientos del capitalismo tradicional. Si este

capitalismo tradicional es reimportado actualmente a Moscú o a Leningrado es a causa de los decaimientos del capitalismo oriental.

Allí donde la burguesía se había desarrollado lentamente por la economía, la burocracia conquistó el poder político apoyándose en unas fuerzas sociales como el proletariado o el campesinado. No por ello es menor el fruto de la disgregación de la sociedad tradicional por el capitalismo internacional. La burocracia no tenía elección posible; no podía, tal como quería, instaurar el capitalismo tradicional y hacerlo fértil; esto a causa de sus apoyos sociales y de sus necesidades en capitales. Empíricamente encontró una vía conforme a su naturaleza y que le permitió, a expensas del campesinado, acumular capital industrial.

La burocracia es una fuerza unificadora que ha permitido el traslado autoritario de riqueza de un sector de la sociedad a otro. **MODIFICA EL DESARROLLO ESPONTANEO DEL CAPITAL EN BENEFICIO DE SUS OBJETIVOS DE PODER Y PERMANENCIA.** Pero el capital no es una fuerza neutra que se pueda utilizar en cualquier sentido. La burocracia planifica, domina. Pero ¿qué planifica, qué domina? La acumulación de capital. Reduce el mercado libre, combate el mercado negro que renace sin cesar; pero esto no es la prueba de su anticapitalismo sino el signo de que la base natural del capital está bien viva.

Los mismos Estados occidentales han sido llevados a intervenir cada vez más directamente en el juego de las fuerzas económicas. Deben tener una política social y ocuparse de la planificación. La burocratización no es un fenómeno exclusivo del Este. Conciérne tanto a los Estados democráticos y fascistas como a las grandes firmas privadas. Es el producto y el triste remedio a la atomización creciente de la sociedad.

En cierto sentido es inexacto hablar para los países del Este de capitalismo burocrático o de Estado. **TODOS LOS CAPITALISMOS MODERNOS SON BUROCRATICOS Y ESTATALES.**

El Estado propietario del conjunto de la industria no tiene, sin embargo, su control absoluto, poder real y poder jurídico no son

iguales. Con el capitalismo liberal el Estado, apoyándose en fuerzas populares, militares o incluso burguesas, puede enfrentarse a tal o cual gran empresa; es el poder. Esto, sin embargo, no le permite alzarse por encima de las leyes económicas. Puede erigirse contra la fuerza de los monopolios, pero no puede volverse a las pequeñas empresas del pasado.

Con el capitalismo oriental, el Estado burocrático, cualquiera que sea su sed de control, no puede abolir las categorías mercantiles y la concurrencia entre las empresas. Mientras existan empresas distintas se harán competencia aunque los precios no sean libres.

Esta falta de unidad no queda limitada a la esfera económica. La misma burocracia esta incesantemente dividida por luchas de fracción y conflictos de personas. A falta de unidad es la imagen de unidad la que debe ser mantenida. El enemigo no es el concurrente en el seno del partido, sino el anti-partido.

Lo que la burocracia hace ganar en eficacia a la economía, lo pierde ella. La mentira, la pérdida de la realidad empapa el cuerpo social. La lucha sorda reemplaza a la competencia abierta.

Capaz de organizar el despegue económico en unas condiciones ingratas, la burocracia se queda a remolque del avance tecnológico de las sociedades liberales.

Recuperación

¿Qué interés tienen los capitalistas en hacerse llamar comunistas?

¡Es norma general que los capitalistas no gusten ser llamados capitalistas!...

Esta denominación tiene un origen preciso, ligado a la revolución rusa. Decirse comunista es pretender que uno se desvive por la clase obrera más bien que reconocer que se la explota. Es poder dar al desarrollo inhumano del sistema un sentido humano: la construcción del comunismo. Por lo demás se presenta ante las masas unos proyectos de “nueva frontera” o de “nueva sociedad”.

Cuando el capital se proclama comunista, cuando recupera el pensamiento de Marx para destilarlo en sus universidades de intelectuales o para embrutecer a los obreros en las fábricas, no

hace otra cosa que imitar un movimiento que, por otra parte, realiza perfectamente. El capital no crea, recupera; se alimenta de la pasión y de la iniciativa de los proletarios, es decir: se alimenta del comunismo.

No se puede comprender gran cosa del comunismo si no se ha comprendido la naturaleza capitalista de los países del Este. El combate revolucionario no debe adecentar el estalinismo, ya que es un sistema y una ideología fundamentalmente anticomunista. El hecho de que tenga bastiones en el seno mismo de la clase obrera no debe enternecernos sino que, por el contrario, debe incitarnos a no hacer componendas.

Se le ha hecho un gran servicio al estalinismo al no criticarlo en tanto que sistema capitalista. Algunos revolucionarios, especialmente anarquistas, lo han reconocido como comunista a condición de poder unir a este término el de autoritario. La autoridad ¡he ahí el monstruo! A título de explicación se remontará la búsqueda hasta el carácter de Karl Marx.

Los trotskistas, siguiendo a Trotsky, desafortunado adversario de Stalin, han desarrollado explicaciones tan complicadas como imbéciles. Base socialista y superestructura capitalista cohabitarían, cuando menos, en la URSS; por lo que se refiere a los otros países, se continúa discutiendo. De todas formas nunca han comprendido nada respecto al comunismo; como tampoco Trotsky que veía en el trabajo obligatorio un principio comunista. No son revolucionarios; Trotsky lo era, pero nunca ha sido otra cosa que un revolucionario burgués y un burócrata desdichado. Dejemos este mundillo a su intelectualismo, a sus querellas bizantinas y a su ridículo fetichismo de la organización.

Los maoístas, estos “místico-estalinistas”, reducen todo el problema a una cuestión de política y de moral. La URSS se ha convertido en social-imperialista y quizá también en capitalista. Por suerte China y Albania, bajo la sabia dirección proletaria de Mao, de H. Hodja y de Bibi Fricotin no han sido contaminadas. ¡El comunismo es el beneficio y la política puestos al servicio del pueblo!

A medida que las ideas comunistas se irán extendiendo, incluido en URSS y en China, para

satisfacer las necesidades de un proletariado que vuelve a ser revolucionario, estas sectas aparecerán cada vez más farragosas. Tratan de mantener en el terreno de la política el papel de la revolución. Están en la vanguardia, pero en la vanguardia del capital, pues en período de revolución es el conjunto de tóteres de la política el que intentará adoptar aires revolucionarios para que no sean arrojados abajo. Se ha convertido en una tradición el que la revolución sea combatida en nombre de la revolución... Los militantes stalinistas o izquierdistas que se han extraviado se incorporarán al auténtico partido del comunismo.

Algunos, no tan ciegos, han reconocido en el capitalismo oriental la división en clases sociales. Por desgracia han creído reconocer también en él un modo de producción nuevo y superior. Era hacer mucho honor a Stalin y consortes.

Los salvajes

No vemos nada de comunista en los regímenes que se pretenden tales. Por el contrario, lo vemos allí donde no hay la costumbre de verlo. Las sociedades primitivas que, rechazadas por la “civilización”, subsisten en rincones áridos o de difícil acceso son comunistas, aunque sus miembros vivan de la caza y de la recolección o de una agricultura poco evolucionada. ¡Es así que la URSS no es comunista pero los Estados Unidos de América aún lo eran hace algunos siglos!

No esperamos hacer volver a la humanidad a este estadio. Sería de todas formas muy difícil porque este estado de cosas exige una densidad de población muy débil. Sin embargo es importante rehabilitar a la humanidad primitiva y prehistórica.

El indio era más dichoso y, en cierto sentido más civilizado, que el moderno ciudadano americano. El hombre de las cavernas no moría de hambre. Es hoy cuando centenares de millones de humanos tienen el vientre vacío. El primitivo, como lo ha mostrado M. Salhins, vive en la abundancia; es rico, no porque ha acumulado riquezas, sino porque vive como él se propone. Su pobreza aparente, su desnudez, son compadecidas por el viajero occidental que, a veces, paradójicamente, se extraña de su buena

salud antes de transmitirle la viruela. Los primitivos no poseen prácticamente nada; pero para los que viven de la caza y de la recolección esto no es ningún apuro. Su despojo les permite moverse libremente y aprovecharse de las riquezas de la naturaleza. Su seguridad no se sostiene en el ahorro sino en su conocimiento y su capacidad para utilizar lo que su medio ambiente les da. Dedicar menos tiempo que un civilizado en ganar su subsistencia. Su actividad “productiva” no tiene nada que ver con el aburrimiento que segrega la oficina o la fábrica. ¡Dichosos Yir-Yirón de Australia que confunden en una misma palabra el trabajo y el juego!

Del comunismo pasado al comunismo futuro hay una profunda diferencia. Por un lado, hay una sociedad que utiliza su entorno sabiendo adaptarse, por el otro lado, hay una sociedad fundada en la transformación continua y en profundidad de este entorno. Entre estos dos comunismos, el período de las sociedades de clase aparecerá, vista con perspectiva, como una etapa dolorosa pero relativamente corta de la historia humana. ¡Triste consuelo para los que continúan estando inmersos en ella!

Marx y Engels

Marx y Engels se aplicaron a comprender el desarrollo de la sociedad capitalista. Se preocuparon poco de la descripción del mundo futuro que había acaparado los esfuerzos de los socialistas utópicos. Pero no se puede disociar completamente la crítica del capitalismo y la afirmación del comunismo. La comprensión real del papel histórico de la moneda o del Estado no puede hacerse más que desde el punto de vista de su desaparición.

Si Marx y Engels no hablaron más de la sociedad comunista es sin duda, y paradójicamente, porque esta sociedad era más difícilmente comprensible al estar menos al alcance de la mano, pero también porque estaba más presente en los espíritus revolucionarios. Cuando hablaban de abolición del asalariado en el “Manifiesto Comunista” eran comprendidos por aquellos de los que se hacían eco. Hoy es más difícil representarse un mundo desembarazado del Estado y de la mercancía puesto que se han

convertido en omnipresentes, Pero al hacerse omnipresentes han perdido también su necesidad histórica. El esfuerzo teórico debe tomar el relevo de la consciencia espontánea, antes de hacerse inútil debido al hecho de que lo que afirme se habrá convertido en banalidad.

Marx y Engels quizá no han comprendido tan bien como un Fourier la naturaleza del comunismo en tanto que liberación y armonización de las pasiones. En cambio, este último no llega a desprenderse del sistema asalariado al querer, entre otras cosas, que los médicos no sean remunerados según las enfermedades de sus clientes sino según el estado de salud de la comunidad.

Marx y Engels han sido, no obstante, suficientemente claros como para que no pueda cargárseles el peso de la burocracia y de las finanzas de los países “comunistas”. Según Marx el dinero desaparece sin demora con el advenimiento del comunismo y los productores cesan de cambiar sus productos. Engels habla de la desaparición de la producción mercantil con el advenimiento del socialismo. Que no se nos hable de error de juventud, como se ha acostumbrado a hacerlo toda una chusma marxológica. Nos referimos a la “Crítica del Programa de Gotha” y al “Anti-Dühring”.

Los estalinistas de todo tipo hablarán de escorias en la obra de los maestros. Cantarán un cuplé para hacer saber que son marxistas y no dogmáticos. Según ellos el dinero, el Capital, el Estado han perdido su carácter burgués para hacerse proletarios. Los más audaces llegan a decir que una vez el comunismo esté construido podrá quizá desprenderse de toda esta baratija. Según los otros el comunismo será simplemente una sociedad en la que el nivel de vida será muy, muy alto. De todas formas el comunismo se pierde en las nubes y la escalera que conduce a él está compuesta por una multitud de barrotes que forman otras tantas etapas de transición.

Es verdad que se construye el comunismo en los países del Este, pero no se le construye ni mejor ni más conscientemente que en otras partes. Será necesaria una revolución para darle luz.

La concepción de la construcción del comunismo por medio de instrumentos

económicos y sociales es típicamente burguesa. Se representa la cosa como la producción de un objeto manufacturado. Ve la sociedad como una inmensa fábrica; cree que el todo funciona como la parte. Se trata de voluntad, de proyecto, de línea política...

El error en el que estos estalinistas caen respecto al camino a hacer repercute sobre el resultado. No se trata de hacer desaparecer la economía de empresa, sino de hacer de la economía una sola empresa. El enredo que representa la existencia de una policía desaparecerá; el reforzamiento del sentido moral por la educación "comunista" bastará para hacer desaparecer el robo y la subversión.

La mejor solución es, ciertamente, la propuesta por el mismo José Stalin. A falta de no poder cambiar las cosas, cambiamos las palabras. Cómo queréis, os explica el padrecito de los pueblos, que los que cobran un salario sean asalariados si, a través del Estado, son propietarios de las empresas que los contratan. ¡Uno no puede ser su propio asalariado! El sistema asalariado está, pues, abolido en la Unión Soviética. Si tenéis la impresión de cobrar un salario, si tenéis miedo de ser despedidos es que estáis en una ilusión. ¡Afortunadamente nuestra patria socialista dispone de centros de reeducación y de hospitales psiquiátricos!

Stalin reconoce que la producción mercantil y la división en empresas subsisten, pero no puede tratarse de capitalismo ya que lo que hace al capitalismo es que los medios de producción sean propiedad de los particulares. Todo se reduce, en la práctica, a cuestiones de definición jurídica. Basta con que el Estado se proclame comunista para que lo sea.

Desde que Stalin nos explicó todo eso en "Los problemas económicos del socialismo en la URSS" los que han estudiado esta cuestión no han aportado nada nuevo.

Puede verse en Mao Tsé Tung o Fidel Castro a unos guerrilleros valerosos, a unos hombres políticos hábiles. Puede considerarse que los chinos pasan menos hambre que los indios y tienen menos libertades políticas que los

japoneses. Sólo que, en todo ello, se trata siempre de capitalismo.



3. FIN DE LA PROPIEDAD

El comunismo es el fin de la propiedad. La cosa es conocida y suscita muchas inquietudes; algunas totalmente justificadas. Los poseedores de grandes fincas, de numerosas y ricas residencias... serán obligados a reducir su tren de vida. Las fortunas industriales y comerciales desaparecerán. Los que serán expropiados, aunque hoy tengan una gran parte de las riquezas de la sociedad, forman una casta reducida y bien delimitada. Por otra parte, no atacaremos, por regla general, a las personas; actuaremos en función de la naturaleza de los bienes. ¡Tomaremos los castillos y dejaremos las casitas, pertenezcan a los pobres o a los ricos! Las inquietudes que han penetrado en los cerebros proletarios y, sobre todo, campesinos no están justificadas. El comunismo no es tomar al oprimido lo poco que le queda.

¿Qué es la propiedad?

La pregunta no es tan fácil de resolver. Como prueba, la polémica que opuso Marx a Proudhon. Este último había afirmado que "la propiedad es el robo", Proudhon captó bien que el origen de la propiedad no es natural, sino que es el producto de una sociedad en la que reinan las relaciones de fuerza, la violencia y la apropiación del esfuerzo ajeno. Sólo que si se dice que la propiedad es el robo, dado que el robo sólo se define en relación a la propiedad, nos encontramos en un círculo vicioso.

El problema se hace más complicado cuando se pasa de la propiedad a la abolición de la propiedad. ¿Es necesario abolir toda propiedad, concierna a los medios de producción o a los bienes personales? ¿Es necesario actuar de forma selectiva? ¿Se trata de reemplazar la propiedad privada por la propiedad colectiva o estatal? ¿Se trata de acabar radicalmente con toda propiedad?

El comunismo escoge la última propuesta. No se trata de un traspaso de títulos de propiedad, sino exactamente de la desaparición de la propiedad, a secas. En la sociedad revolucionaria no se podrá “usar y abusar” de un bien por el hecho de que uno sea propietario de él. Esta regla no tendrá excepciones. Un edificio, un alfiler, un terreno no pertenecerá ya a nadie, o si se prefiere pertenecerá a todo el mundo. La misma idea de propiedad será pronto considerada como una absurdidad.

Entonces ¿es que todo será igualmente de todos? ¿Es que el primero que venga podrá desalojarme, desvestirme, quitarme el pan de la boca puesto que yo no sería ya propietario ni de mi casa, ni de mi vestido, ni de mi alimento? Ciertamente no, la seguridad material y afectiva de cada cual se encontrará, por el contrario, reforzada. Simplemente, no será ya el derecho de propiedad lo que será invocado como protección sino directamente el interés de la persona en cuestión. Cada uno deberá poder alimentarse según el hambre que tenga y su conveniencia, abrigarse y vestirse. Cada cual deberá poder estar tranquilo. Ciertos ideólogos no quieren ver en la propiedad más que la prolongación humana del territorio animal; de esta forma la propiedad ya no sería un hecho de una época dada ni incluso de una especie particular, sino de toda una familia zoológica. Sin embargo, ¡nadie ha visto jamás un zorro o un oso alquilar un territorio del que es propietario, o habitar un terreno del que no sería más que el simple inquilino! Es, no obstante, cosa frecuente en nuestra sociedad. Es justamente la propiedad lo que permite disociar el uso y la posesión.

Que un bien no sea propiedad no da ninguna indicación sobre el uso que se va a hacer de él, pero seguro que el uso volverá a ser uso. Una bicicleta servirá para desplazarse, y no sólo para que el Sr. Martín, su legítimo propietario, se desplace. Saber si por razones sentimentales o afectivas los seres humanos o ciertos seres humanos tienen necesidad de un territorio fijo y de objetos a los que puedan ligarse no es una cuestión que se refiera a la propiedad. ¡Que los higienistas se tranquilicen: no proponemos poner en común los cepillos de dientes!

Oponer individualismo y colectivismo, uso personal y uso social, para tratar hacer de ello el tema de una “elección de sociedad” es cretinismo burgués. Desde esta perspectiva sería absolutamente necesario tomar partido por el ferrocarril en contra del vehículo individual; ¡de esta forma los comunistas estarían por la orgía colectiva y los burgueses por la masturbación! Nos reímos de este tipo de discusiones, no tienen sentido más que en función de circunstancias prácticas. Lo que está claro, no obstante, es que no somos nosotros los que masificamos y despersonalizamos.

En el estado actual de cosas el derecho de propiedad constituye una garantía frente a la destrucción de la vida personal. De todas formas es una garantía ridícula. No impide que el ruido entre en pisos mal insonorizados, no puede casi nada frente a una expropiación; el campesino es quizá propietario de su tierra, pero ello no es obstáculo para que el campo se despueble. Hoy hay terrenos sin cultivar, casas deshabitadas, riquezas de todo tipo abandonadas, y todo ello pasa a ser algo necesario; desgraciadamente los propietarios no quieren, o peor no pueden, utilizarlas o cederlas.

La noción de propiedad recubre una realidad; también es, sin embargo, una mixtificación: se puede ser propietario sin ningún poder de control. La mentira es doble: social y económica; alcanza también a las relaciones entre los hombres y la naturaleza.

El derecho de propiedad es una necesidad en el capitalismo. El cambio exige que las cosas sean claras. Cuando se trata de negocios es necesario saber quién dispone realmente de la mercancía y quién no. En otra época, la costumbre local podía regular la cuestión de saber cómo concertar y usar de las cosas; pero cuando estas cosas adquieren una independencia en relación a los hombres y pueden ir de mano en mano, la costumbre no es ya suficiente. No quedan más que jirones de ella en el campo: derecho a paso, a traída de aguas, al espiguelo... La mercancía y el capital tienen necesidad de un conjunto de reglas válidas independientemente del carácter particular de la situación.

En la Edad Media la propiedad de la tierra en el sentido moderno no existía. Sobre una

hacienda determinada se ejercían los derechos de los siervos, del señor, del soberano, de la iglesia... Hasta el s. XIX un cierto número de reglas continúan limitando el poder de quien posee no pudiendo disfrutar más que de la primera siega de una pradera, no teniendo el derecho de la cerca, debiendo permitir el espiguelo y el pastoreo.

En el mundo de la igualdad burguesa todo el mundo es un libre propietario. El campesino lo es de su campo, el patrón de su fábrica, el obrero de su fuerza de trabajo. No hay robo, pero sin embargo hay quien se enriquece y acumula sin ninguna proporción con lo que le permitiría su propio trabajo. La propiedad esconde las relaciones de explotación.

Si el campesino convertido en propietario agrícola posee la parcela que cultiva no por ello está menos sometido a unos precios cuya formación se le escapa. Trabajando sin parar no llega, sin embargo, a enriquecerse.

La propiedad no explica el poder de la empresa capitalista. La empresa es propietaria del capital fijo: edificios, máquinas. Pero esto no da cuenta de la importancia de las riquezas que pasan por sus manos y que constituyen su cifra de negocios.

La interpenetración de la economía obliga a limitar el derecho de propiedad. En efecto, lo que se hace en casa puede tener consecuencias enojosas en casa del vecino. Uno no puede impunemente desembarazarse de los desperdicios en un río por el solo hecho de ser propietario de una parte del margen.

El carácter absoluto del derecho de propiedad, -es "inviolable y sagrado" según la Declaración de los derechos del hombre-, no es nada ante la fuerza y los caprichos de la naturaleza. El más encarnizado de los propietarios será impotente si un volcán encendido le cae encima; puede reclamar la ayuda de la policía, no conseguirá que el intruso se largue. Es norma general que los objetos y fenómenos naturales no nos obedezcan puntualmente.

Tal como lo hace notar Niño Cochise, nieto del gran Cochise, los hombres blancos pasan su vida disputándose la tierra. Sin embargo no son los hombres los que pueden poseer la tierra, sino, al contrario, la tierra quien posee y alimenta a los

hombres. Acaba por enterrarlos a todos un día u otro.

La cuestión agraria

La cuestión agraria está íntimamente unida a la solución del problema de la propiedad. Es una cuestión vital para la revolución. En el pasado las insurrecciones obreras han sido combatidas por armas de campesinos. Lo contrario también ocurrió, como en Méjico. El pequeño campesino siempre ha sido fácilmente movilizable por la contrarrevolución en nombre de la defensa de su sagrado derecho de propiedad.

En los países industrializados el capital ha hecho el trabajo que reprochaba a los "rojos" de querer hacer. Ha expulsado de su tierra a la mayor parte de campesinos. Ya no puede, por consiguiente, contar con la masa asustada para constituir el ejército de la contrarrevolución. El aprovisionamiento de las ciudades en artículos de subsistencia continúa, sin embargo, sosteniéndose en el campo. El partido del orden estará siempre encantado de hacer de esta situación un arma contra la revolución.

Cuando los trabajadores agrícolas no sean propietarios del suelo que cultivan, sino que sean simples arrendatarios o los asalariados de grades explotaciones, se organizarán para continuar ocupándose de la producción. No tendrán que dar cuentas a su antiguo patrón: ¡La tierra será de los que la trabajan! Si su antiguo patrón o propietario quiere juntarse a ellos para aportarles sus conocimientos y sus fuerzas, será una buena ayuda, pero no podrá hacerlo más que en pie de igualdad.

Allí donde posesión y explotación del suelo coinciden, cuando el campesino tiene muy pocos asalariados o no tiene en absoluto, el problema debe ser enfocado de forma diferente; ello por el bien del conjunto de la sociedad que no se sostendría fácilmente con los agricultores descontentos; ello por el bien del campesino cuya condición se ha proletarizado, que depende para sus abastecimientos y sus mercados del sistema capitalista y que debe comprender que lo tiene todo a ganar con la revolución comunista.

El desarrollo del capital se ha hecho a costa de la agricultura. Se ha absorbido de ella mano de

obra y recursos para la industria. El comunismo invertirá la tendencia. La agricultura es su objeto predilecto porque a ella le concierne directamente la producción de los alimentos y la preservación de un entorno habitable. Dos cosas que el capital ha descuidado de una forma particular.

La propiedad, familiar o no, desaparecerá con el Estado y el sistema jurídico que la garantizaba. El uso y el hábito de cultivar una tierra determinada permanecerá y deberá incluso estar organizado por las autoridades revolucionarias. Es sobre esta base como los campesinos podrán reagruparse o, si lo prefieren, continuar ocupándose aisladamente de su parcela. Es probable que, al menos durante algún tiempo, combinen los dos métodos, permaneciendo cada cual apegado a su tierra pero entreayudándose más que hoy para ciertos trabajos y para la salida de sus productos. La herencia en sentido estricto desaparecerá, pero ¿quién tiene más probabilidades de estar cualificado e interesado en ser sucesor de un agricultor sino su hijo!

La norma general será dejar que los campesinos organicen la producción agrícola tal como ellos vean. La coacción sería la peor y la más costosa de las soluciones.

La colectivización agraria practicada por el capitalismo oriental no tiene nada que ver con el comunismo. No ha sido por razones ideológicas que se ha colectivizado sino por razones económicas y de clase. Fue preciso luchar contra el renacimiento de la burguesía en el campo. Los campesinos ricos se enriquecían a costa de los campesinos pobres, practicando el préstamo a usura. Así se creaba un polo de acumulación de capital usuario que hacía la competencia al polo industrial sobre el que se apoyaba la burocracia. Fue por esto que fue preciso imponer y pagar el coste de la colectivización agraria.

Costó caro. Al principio en la Unión Soviética los campesinos resistieron hasta diezmar la aparcería. A largo plazo las consecuencias fueron un estancamiento de la productividad agrícola debida a la falta de interés de los kolkhosianos. De ahí una política oscilante respecto a las porciones de tierras familiares. La colectivización contribuyó a mantener a los campesinos en el campo sustrayéndoles a una presión económica directa. Esto condujo a una

presión y a una competencia más reducidas en el mercado de trabajo. La URSS ha conservado a una masa de campesinos excepcionalmente importante por referencia a su nivel industrial. La arrastra como una bola de presidiario.

Renunciando a colectivizar ¿renunciamos a revolucionar y a comunitarizar el campo? ¡En absoluto! Todo lo contrario: la revolución comunista es la liquidación de la economía mercantil. Esto concierne también al campo.

El agricultor no cobrará dinero a cambio de sus esfuerzos si es asalariado o de sus mercancías si es productor independiente. Proporcionará gratuitamente a la sociedad el excedente de su producción; como contrapartida no deberá entregar nada para los bienes necesarios a su subsistencia y actividad. No se moverá ya por el gusto o la necesidad del dinero. Actuará movido directamente por el interés del trabajo, por amor a su forma de vida o por el deseo de ser útil.

El campesino verá reducida la dureza de su trabajo. Podrá pedir la ayuda de una mano de obra exterior. Ello será posible por el cierre de un montón de empresas más o menos parasitarias y una reducción de mano de obra de la industria y del sector terciario. Será posible parar provisionalmente algunas producciones en la época de los grandes trabajos agrícolas para liberar brazos. Esto es inimaginable hoy.

No es simplemente la producción sino también la distribución lo que será transformado. El camino que conduce del agricultor al consumidor será reducido lo más posible. El transporte de productos podrá efectuarse directamente de tal zona agrícola a tal ciudad y ser organizado por los mismos interesados. Cuando se ve la diferencia que existe entre el precio de producción y el precio que paga el consumidor se comprende el interés de una tal simplificación.

Los campesinos llevarán solos o con ayuda los trabajos de cultivo y de cría. No lo harán independientemente del resto de la sociedad. No les prometemos la libertad absoluta. La agricultura depende hoy y continuará dependiendo de otros sectores. Por encima tiene a los que le proporcionan abonos y material agrícola, su independencia está pues restringida obligatoriamente por ese lado. Por otra parte

ocupa un lugar demasiado importante para que todos los que dependen de ella renuncien a echarle un vistazo.

Supongamos un caso extremo: si unos agricultores dejan abandonadas tierras y ganados al no haber necesidad de ganar dinero, sería ingenuo pensar que otros van lindamente a dejarse morir de hambre. En una situación tal sería posible como contrapartida cortar los suministros a los perezosos. Los agricultores deben poder conservar sus tierras y vivir de forma agradable, pero no puede dejárseles convertir en parásitos y, sobre todo, acaparar unos bienes que otros podrían utilizar en su lugar.

La superación de la escisión entre ciudad y campo es un objetivo de la revolución. Esto no podrá hacerse más que muy progresivamente pues la separación está inscrita en la piedra y en el hormigón. No se puede con un movimiento de varita mágica transportar rascacielos o bosques. Sin embargo, podrán ponerse rápidamente en marcha medidas que vayan en esta dirección. Por ejemplo, el desplazamiento provisional o definitivo de poblaciones urbanas hacia el campo en el que se podrá instalar pequeños centros industriales como complemento, y si es posible en relación, con las actividades agrícolas. Mucha gente que ha dejado el campo por fuerza o que se encontraba incómoda en la ciudad se sentirá dichosa de volver a él. Los jardines individuales y colectivos se multiplicarán y alegrarán los alrededores e incluso los centros urbanos. A este efecto se podrá desempedrar suelos de calle inútiles por la reducción de la circulación automovilística. Ello facilitará el reciclaje de una parte de las basuras domésticas, reducirá los gastos de transporte y proporcionará legumbres frescas a la población. Uno de los defectos de la agricultura capitalista es que habiéndose alejado del consumidor y de sus desechos ha de compensar el desequilibrio producido por aportes químicos o biológicos que crecen sin cesar. En estos jardines los niños, los viejos, los enfermos que se encuentran hoy rechazados de la producción y a menudo destinados al aburrimiento, podrán ocuparse en algo y ser útiles. Será un magnífico terreno de instrucción para una juventud desescolarizada. Finalmente, esto regenerará un aire polucionado.

De la escasez a la abundancia

El derecho y el sentimiento de propiedad se extinguirán en la sociedad comunista puesto que desaparecerá la escasez. Ya no será necesario aferrarse a un objeto con el temor de no poder gozar más de él si se le suelta un solo instante.

¿Con qué tipo de magia pretendéis que nazca esta fantástica era de la abundancia? ironizará el burgués. No hay ningún tipo de magia ahí dentro; podremos hacer surgir la abundancia porque ya estamos sobre ella. No se trata de hacerla nacer, sino simplemente de liberarla. Es precisamente el capital quien, doblegando durante siglos a los hombres y la naturaleza, la hace posible; no es el comunismo el que, de pronto, va a producir la abundancia, sino el capitalismo que mantiene artificialmente la escasez.

El formidable aumento de la productividad del trabajo no ha cambiado, por el momento, gran cosa en el destino del proletariado; ha tenido incluso efectos negativos. El poder del capital ha destruido las sociedades tradicionales del tercer mundo sin permitir a su población el acceso al mundo industrializado. Esto unido a un monstruoso crecimiento demográfico ha lanzado a una miseria moral a gran parte de la humanidad. El estatuto del esclavo asalariado se convierte en una auténtica promoción en comparación con el de vagabundo.

La energía nuclear y la electrónica han hecho notar sus efectos primeramente como armas. Felizmente, el progreso de la ciencia nos ha sacado de aquellos tiempos bárbaros en los que uno tenía que ver a los que se mataba y, a veces, incluso salpicarse con su sangre. ¡Puaf!

Hasta los habitantes de los países “ricos”, que se aprovechan de este aumento de productividad, son exprimidos. Los aumentos de salario y la progresión del consumo no sirven más que para recobrar de la deterioración de sus condiciones de vida. Poseer más objetos o objetos más perfeccionados que en una época anterior no significa que se viva mejor. El obrero tiene un coche que no tenía su padre, pero su lugar de trabajo y el campo para el fin de semana se ha alejado. Vuelve a perder en embotellamientos lo que ha sido ganado en tiempo de trabajo, y en

desgaste nervioso lo que ha disminuido en esfuerzo físico. Lo que la industrialización concede con una mano las condiciones de su desarrollo ya lo han recuperado con la otra. Se enorgullece de la calidad de sus remedios pero olvida decir que ella inculca la enfermedad. No es por casualidad: la lógica de la producción mercantil exige que sean mantenidas las condiciones de insatisfacción. El medicamento tiene necesidad de la enfermedad. Tal como lo había señalado Fourier: en civilización la escasez nace de la abundancia misma y la sociedad se mueve en un círculo vicioso.

El ser humano se ve reducido progresivamente al papel pasivo de consumidor. Su estado de moribundo se reanima con la vida artificial de las mercancías. Su miseria se convierte en el reflejo multicolor de la dicha expuesta en todos los escaparates y ofrecida a bajo precio.

En la sociedad comunista los bienes serán libres y gratuitos. La organización social será desembarazada de la moneda en sus fundamentos.

¿Cómo impedir que las riquezas no sean acaparadas por algunos en detrimento de los otros? Después de un período de euforia en el que nos serviremos de las reservas existentes ¿no se arriesga nuestra sociedad a caer en la confusión y en la desigualdad antes de hundirse en el desorden y el terror?

Estas inquietudes no son simplemente las de un puñado de privilegiados interesados directamente en el mantenimiento del sistema; expresa también el punto de vista de oprimidos que se ven atados por el miedo de que una conmoción social agrave su situación. ¡En la tempestad los gordos serán los mejor armados para librarse de los pequeños!

En la sociedad comunista desarrollada las fuerzas productivas serán suficientes para cubrir las necesidades. El deseo frenético y neurótico de consumir y acaparar desaparecerá. Será absurdo querer acumular; ya no habrá dinero que embolsar y asalariados por contratar. ¿Para qué acumular latas de judías o dentaduras postizas que no se van a usar? En este estadio, si subsiste alguna forma de imposición no radicará en la distribución de los productos sino en su naturaleza misma, en la imposición que viene de

unos valores de uso específicos; forzosamente habrá elección de unas posibilidades y rechazo de otras a nivel de la fabricación.

Cuando la sociedad revolucionaria salga de los flancos del viejo mundo la situación será diferente. Las autoridades revolucionarias, los consejos de trabajadores, deberán definir y hacer que se apliquen un cierto número de reglas para protegerse contra el retorno de los hábitos y de los mecanismos mercantiles. Quizá entonces sea preciso limitar el número de latas de judías o de kilos de azúcar que cada uno podrá retener en su casa. No puede definirse con precisión la duración de esta fase; variará según la mayor o menor pobreza de las regiones y dependerá de la fuerza y de la resolución del partido revolucionario. Una guerra provocada por el partido del capital, que conllevará desgastes en la producción y los transportes, no haría más que prolongar esta fase de transición. Si nos basamos únicamente en el período de tiempo necesario para la reconversión comunista de las fuerzas productivas, podría ser muy breve; ¡veamos si no la rapidez con la que la economía americana pudo transformarse en economía de guerra cuando la segunda guerra mundial!

Con el comunismo, el carácter de conjunto de la producción y la naturaleza de los objetos producidos sufre una transformación radical. La desaparición del valor de cambio repercute en el valor de uso.

Transformación de los productos

Las mercancías expuestas en el mercado forman un conjunto extremadamente jerarquizado. No hay una o varias mercancías para una necesidad determinada, hay una multitud de ellas de la misma marca o de la competencia. Ciertamente, se trata de satisfacer al público y de dar respuesta a la variedad de sus necesidades. ¡El cliente debe poder elegir! En la práctica su elección es la que le permiten sus medios financieros y su función social. Numerosas mercancías responden a una misma necesidad pero se distinguen por la calidad y por el precio; es el caso de las cacerolas, por ejemplo. Por otra parte, diferentes productos pueden corresponder a usos diferentes; sólo que estos usos diferentes no

están al alcance de los mismos individuos. No son los mismos los que llevan sus asuntos en avión supersónico o en bicicleta.

Esta jerarquización y diferenciación de las mercancías es el reflejo de la competencia entre grupos, de la extrema desigualdad de los salarios y de las condiciones de existencia en el mundo capitalista. Imprime su marca en el desarrollo industrial. Las necesidades de los ricos juegan el papel de guía. Bienes como el automóvil pierden una gran parte de su calidad de uso cuando cesan de ser el privilegio de una minoría para convertirse en propiedad de todo el mundo.

El comunismo no se propone vestir a todos los individuos con uniforme y alimentarlos con la misma sopa: pero acabará con esta nefasta diversificación y jerarquización de los productos. Los bienes nuevos y aún escasos serán utilizados primero colectivamente o bien por los que llegan primero.

En el terreno del vestir podemos imaginar que se producirá un número reducido de vestidos de calidad, pero suficiente para cubrir todas las tallas y todos los usos habituales. Serán producidos masivamente y de la forma más automática posible. Al margen se podrán abrir talleres en los que las máquinas y tejidos estarán a disposición de los que querrán fabricar para ellos o para sus amigos vestidos diferentes.



4. MÁS ALLA DEL TRABAJO

El capitalismo ha revolucionado sin cesar los medios de producción pero ha sido incapaz de liberar y transformar verdaderamente la actividad productiva. El trabajo industrial significa la más extrema alienación. El proletariado en mono azul o camisa blanca está encadenado a su máquina o a la organización del trabajo. Ha perdido la libertad de apreciación y el margen de maniobra que le quedaba al artesano e incluso al esclavo y al siervo. El carácter impersonal de esta dominación actual la hace insoportable.

El trabajo ha sido separado del resto de la vida. La domina por la fatiga y el

embrutecimiento que engendra y por el salario que aporta.

Con el control del capital moderno sobre el conjunto de la vida social es toda nuestra existencia que ha terminado por quedar monopolizada por los principios del trabajo.

LA LOGICA DEL RENDIMIENTO Y DE LA PRODUCTIVIDAD DOMINA NUESTRO TIEMPO "LIBRE" ¡Todo debe ser racional y rentable, incluso el placer y el "lío"!

Cada uno es invitado cordialmente a tomar el relevo del sistema transformándolo.

EL COMUNISMO ES PRINCIPALMENTE UNA TRANSFORMACIÓN RADICAL DE LA ACTIVIDAD HUMANA. Aquí se puede hablar de abolición del trabajo.

Trabajo y tortura

Si existe alguna palabra que sea neutra seguro que no será la palabra trabajo.

En francés y en español tiene su origen en la palabra latina "trepalium" que designaba un instrumento de tortura heredero de la cruz.

Antes de tomar su significado moderno designaba trabajos de las minas. Hoy su significado se ha extendido considerablemente pero sus límites permanecen confusos. Tendiendo siempre a darle una justificación natural.

En inglés la palabra tiene su origen en una actividad campesina concreta. Lo que caracteriza el término de trabajo es justamente su carácter abstracto. Ya no designa tal o cual actividad especial sino la actividad y el esfuerzo en sí. Ya no se plantan coles, ni se teje, ni se guardan rebaños; se trabaja. Todo trabajo equivale a otro. Lo que cuenta es el tiempo que uno emplea y el salario que se saca. Como decía Marx: "El tiempo es todo, el hombre ya no es nada; es al máximo la carcasa del tiempo".

No es la palabra trabajo que nos cargamos sino la odiosa realidad que representa. Poco importa que el término permanezca o desaparezca. Si debe permanecer se le tendrá que cambiar profundamente el sentido... ¡Quizás acabará por designar el mayor de los goces!

EN LA SOCIEDAD COMUNISTA LA ACTIVIDAD PRODUCTIVA PERDERA SU CARÁCTER ESTRICTAMENTE PRODUCTIVO. LA OBSESION DEL RENDIMIENTO Y DEL TIEMPO PERDIDO DESAPARECERÁ. EL TRABAJO SE FUNDAMENTARA EN EL CONJUNTO DE UNA VIDA TRANSFORMADA.

Tal cambio significa el final de la jerarquía, de la división entre dirigentes y dirigidos, de la escisión entre decisión y ejecución, de la oposición entre el trabajo manual y el intelectual. El hombre ya no estará dominado por los productos de su actividad y por sus herramientas. Desaparecerá la sumisión de la naturaleza al proceso productivo y su acaparamiento por grupos o individuos.

Esta revolución vendrá acompañada de una mutación tecnológica. Se pone en entredicho la misma naturaleza del desarrollo industrial.

El carácter parasitario del capitalismo se traduce en el hecho de que se puede asegurar la vida social cerrando una gran parte de empresas. Una prueba de los recursos de un país desarrollado nos fue dada por la huelga de mayo de 1968 en Francia. El conjunto de la industria pudo ser cerrado durante un mes sin que las consecuencias fueran demasiado sensibles.

Quizás faltará pan en período revolucionario. Pero ello no se podrá atribuir a una debilidad en la capacidad de producción. Será debido a causas especiales. Esto no nos impedirá cerrar las industrias parasitarias. Al contrario, sería más necesario con el fin de poder reconvertir fuerzas hacia sectores vitales.

No se puede decidir con anterioridad y en detalle lo que será o no eliminado. Estamos convencidos del puerco papel que cumplen las industrias de guerra. No tendrán razón de existir en una sociedad comunista desarrollada. ¡Mientras no se puede decidir si en una primera etapa se deberá desarrollar!

Las decisiones, de todas formas, no serán tomadas por un comité de tecnócratas sino directamente por los trabajadores afectados. ¡La amenaza de la pérdida de salario ya no afectará su decisión!

Si algunos, por corporativismo o por razones menos confesables se aferran a tareas inútiles o

incluso nocivas, serán responsables frente al conjunto del proletariado comunista. ¡El derecho a la propiedad o de libre determinación no será ninguna excusa para los policías o trabajadores financieros que quisieran ver perpetuar la rutina de su trabajo habitual!

Será eliminado o al menos profundamente transformado todo lo que sirve a las finanzas y a la máquina estatal, que exige esfuerzos penosos e importantes para satisfacer necesidades secundarias. Los productos o “servicios” como el teléfono, la energía eléctrica que actualmente están siendo utilizados mayoritariamente por empresas podrán ser en gran parte reorientados directamente hacia el consumo individual. Los edificios y las máquinas podrán cambiar de uso. Numerosas necesidades podrán ser satisfechas con un mínimo costo social. El transporte, por ejemplo, estará fundado sobre un uso más racional de los vehículos individuales o colectivos. Los “imperativos” horarios serán mucho más holgados. Las necesidades de desplazarse serán menos frecuentes.

Las actividades no desaparecerán verdaderamente sino que serán transformadas profundamente. La educación escapará, en lo posible, a la acción de los capitalistas. La imprenta pasará de estar al servicio de los grandes diarios al de una multitud de pequeños boletines.

Lo fundamental no será producir y pelearse por conservar los clientes sino reducir, en lo posible, el trabajo industrial penoso y poco interesante.

El cierre de los sectores inútiles permitirá aligerar y variar las tareas productivas que aún sean necesarias. Las fuerzas sociales liberadas podrán ocuparse de nuevas actividades.

Los niños, los estudiantes, los ancianos, las amas de casa podrán participar según su capacidad en las actividades sociales, sin ser una mano de obra concurrente en el “mercado de trabajo”.

Estas transformaciones no son un lujo que deberá permitirse la revolución para atraer a los que dudan. Son inmediatamente necesarias para combatir y concentrar las fuerzas contra la parte del capital que peligra de revivir durante un cierto tiempo.

Ciencia y Automatización

Todas estas medidas sólo nos dan una idea vaga de lo que seguirá. El comunismo utilizará la base material que le legará el viejo mundo. Sobre todo desarrollará las conquistas técnicas y científicas. Lo hará mejor y más rápido que el capital.

Es lógico extasiarse frente a los progresos técnicos conseguidos desde la última guerra mundial. De hecho haría falta extrañarse, aún más de la lentitud con la que los descubrimientos científicos penetran en la industria. Esta se caracteriza, en principio, por su inercia. Progresa cuando “accidentes” históricos la obligan a cambiar sus aprovechamientos y sus mercados, modifica su base técnica cuando las tasas de interés se hunden, para salir del marasmo económico.

La industria actual vive del perfeccionamiento de inventos y descubrimientos de hace varias decenas de años. Por ejemplo, los vehículos basados en el motor de explosión y la energía petrolífera, como nuestros coches de vanguardia, son verdaderos fósiles comparados con las posibilidades científicas. La industria no ha podido desarrollar verdaderamente ni la automatización ni nuevas fuentes de energía. No lo puede hacer sino cuando es rentable desde su estrecho punto de vista.

El comunismo podrá permitirse construir máquinas o conjuntos industriales que no hubieran sido rentables desde el punto de vista de una empresa o incluso un Estado capitalista.

El comunismo estimará que un progreso conseguido vale la pena aunque no sea para obtener unas ventajas inmediatas. Aunque podría ver a menudo estas ventajas donde el capitalismo no las vería: calidad creciente de los productos, interés de la investigación, mejoras en las condiciones de trabajo.

Desde el punto de vista capitalista no sería rentable fabricar un martillo-neumático silencioso en tanto que el precio del ingenio no pueda ser igual o inferior al de un martillo-neumático ruidoso. Al capitalista le importa poco que una economía de este estilo se pague con evidentes molestias. Que, una vez desarrollada la producción, el martillo-neumático silencioso

pueda volverse menos caro que el que hace ruido... esto no entra dentro de los planteamientos hechos a la hora del lanzamiento del producto. ¿Por qué una empresa se arriesgaría a fracasar o al menos a sacrificarse en nombre del progreso técnico o por humanismo?

El comunismo no se contentará con tomar el relevo al capitalismo.

TRANSFORMARA LA CIENCIA Y LA TECNICA.

De servidoras conscientes o inconscientes del infierno industrial, las convertirá (a la ciencia y a la técnica) en instrumentos de la liberación humana.

La ciencia no será nunca más un sector separado de la producción.

El capital tiene una necesidad vital de innovación. No puede hacerlo surgir directamente del sector productivo. Este debe permanecer calmado y en él no debe desarrollarse la imaginación. La ciencia se desarrolla aparte.

Durante mucho tiempo, la ciencia, fue marginal, obra de aficionados. El capital teniendo gran necesidad de sus servicios la tomó por su cuenta. Bajo la guía del Estado y de las empresas la ciencia se transforma en inversión. Se burocratiza, pasa a estar bajo el yugo de los mandarines y administradores. La libertad de creación queda controlada.

A los ojos de la opinión la ciencia es un hada buena o mala. El sabio es el brujo convertido en asalariado. Lo que en realidad es el resultado del espíritu crítico aparece para la opinión como una obra de magia.

La ideología de la producción recupera lo que debió conceder a la experimentación. La ciencia aparece como el sector en que se produce una mercancía especial: el Saber. El conocimiento deja de ser el resultado precario de una investigación dada para convertirse en producto sacralizado ofrecido a la contemplación de una masa de enfermos mentales.

Para nosotros se trata de liberar la iniciativa y la experimentación para que estén al alcance de todos. La ciencia cesa de ser posesión de una casta de especialistas para volver a ser el gusto

por el riesgo y el juego, el placer de los descubrimientos.

La “conquista” del espacio ha ilustrado las posibilidades de la automatización y la electrónica. Solamente se trata de aplicar toda esta tecnología a la vida cotidiana, a la transformación de nuestra vida cotidiana. La automatización permite descargar a los humanos de ocupaciones fastidiosas y confiárselas a las máquinas.

Los primeros pasos en sistemas automáticos, los que una vez puestos en marcha funcionan y se regulan sin intervención, se remontan a los tiempos de los Faraones. Servían para la regulación de las aguas del Nilo. Con el tiempo se empieza a verles florecer. Se empieza a ver “fábricas” automáticas. Así este molino cerca de Filadelfia que en 1784 recibía el trigo y lo transformaba en harina sin intervención manual. Paralelamente a las máquinas automáticas de producción se han desarrollado las máquinas de calcular. Es en 1881 que se presentó el teléfono automático.

El automatismo existe desde hace mucho tiempo. No es más que una forma extrema del maquinismo. Es la electrónica que permitirá que sea una forma corriente o incluso la más habitual del maquinismo.

La electrónica asociada al control de las fuentes importantes de energía permitirá actual a distancia y centralizar un gran número de operaciones.

La automatización no es solamente la posibilidad de confiar a las máquinas las tareas que el hombre sólo cumpliría a disgusto. Es también, y quizás sobre todo, la posibilidad de emprender lo que de otra manera no hubiera sido posible. Hace posible operaciones que exigen reacciones muy rápidas, cálculos muy complejos para las posibilidades humanas. Las máquinas pueden actuar en condiciones ambientales impropias para la vida. Sin la automática el desarrollo de la energía nuclear o el descubrimiento del espacio hubieran sido imposibles.

Estos que quieren la revolución pero desestiman la ciencia y la tecnología malditas están en un callejón sin salida. La destrucción masiva de nuestro medio ambiente no es

ciertamente independiente de las posibilidades técnicas pero no se puede hacer recaer sobre ellas la responsabilidad.

La energía nuclear o la informática pueden presentar unas características muy peligrosas. Es el reflejo de su potencia. Pero ello no hace más que condenar la sociedad presente que las utiliza inconsideradamente o las hace servir para reforzar el control sobre la gente.

Hasta el presente el capitalismo no ha automatizado más que en detalle. Esto no quiere decir que pueda pararse aquí. Su lógica, la necesidad de mantener o encontrar una tasa de beneficio conveniente, le compromete a ir más lejos. Lo cual no quiere decir que la generalización de la automatización sea compatible con el mantenimiento del sistema actual. Sus mismos principios (de la automatización) son contrarios a la supervivencia de la sociedad de clases: convierte en inútil al proletariado.

“La máquina automática... representa el equivalente económico preciso del trabajo de esclavo” (N. Wiener). El punto extremo del desarrollo del maquinismo convierte a las máquinas humanas en inútiles.

La solución es pues la revolución comunista o la aniquilación de los proletarios, que serían reducidos a una capa de asilados o decididamente eliminados. Los profetas de las desgracias harían la predicción de la segunda eventualidad. Nuestro optimismo no se fundamenta en el humanismo de nuestros dirigentes: la historia ha demostrado que los genocidios no les asustan en absoluto. Nosotros les creemos simplemente incapaces de dominar la situación y de llevar verdaderamente una política. Para bien o para mal no estamos gobernados por superhombres sino simplemente por verdaderos cretinos, hábiles en la manipulación pero incapaces de tener una visión histórica de los acontecimientos. Ellos mismos están en parte separados del proceso productivo. Lo que es necesario en este asunto es que el proletariado no se muestre demasiado débil.

La fuerza de los proletarios es inmensa. La conciencia que tienen de esta fuerza es extremadamente reducida. La clase obrera tiene siempre su fuerza en el lugar que ocupa en el aparato productivo. Los inicios de la

automatización no han hecho más que reforzar dicha fuerza. Pequeñas fracciones de obreros y de técnicos tienen entre sus manos un poder enorme. Los sobresaltos económicos pueden darles el gusto de usarlo.

La burguesía o la burocracia no pueden negar el proletariado sin negarse ellas mismas. Están encadenadas al valor, es decir al trabajo humano que es el fundamento de este valor. No quieren el progreso por el progreso sino por el dinero. Si ellas desarrollan el maquinismo no es más que con el pensamiento previo de librarse de obreros demasiado turbulentos. El proletariado no es el simple instrumento del dominante sino también su razón de ser. El capital (o el trabajo) relega al hombre al rango de la máquina pero no puede dejar de ser una relación social entre las clases.

Sociedad de clases y robotización

Toda sociedad de clases tiende a hacer del hombre un robot, a reducirle a un objeto del cual se utilizará el cuerpo y la inteligencia. Cuando una parte de la sociedad no trabaja para ella misma sino que se desloma para alimentar a otra fracción de la sociedad esto quiere decir que tiene que hacer esfuerzos suplementarios pero, sobre todo, que su actividad cambia de naturaleza. Lo que le interesa al amo no es el placer o el disgusto, la felicidad o la pena del esclavo, sino su producción. La sociedad de clases se fundamenta sobre la posibilidad humana de elaborar bienes que pueden ser separados del productor para ser utilizados por otros.

El ser humano ya no es un ser humano sino un instrumento. La capacidad propiamente humana de construir instrumentos y decidir previamente la producción se vuelve contra él para convertirlo en instrumento.

El explotador puede mostrarse bueno o malo frente al explotado. No está excluido todo sentimiento. Es más, los sentimientos son necesarios para engrasar los engranajes del sistema. El explotador puede ser “bueno” pero no puede dejar de explotar. Puede ser un sádico pero no puede destruir su material humano. Cuando el capitalismo, sin embargo, llega a este punto de barbarie está agotado económicamente.

Las clases dirigentes del pasado atacaban las colectividades agrarias. Destrozó estas comunidades para someter un material humano mutilado y parcializado, atomizado. *MERCANCIA ENTRE LAS MERCANCIAS*, el proletariado afronta en el mercado de los “factores de producción” a sus competentes mecánicos. En esta lucha la máquina vence progresivamente y le va quitando espacio en el proceso productivo.

EL COMUNISMO TRANSFORMA EL CARÁCTER DE LA EVOLUCIÓN. El hombre no entrará en competencia con la máquina porque cesará de ser un “factor de producción”.

La utilización comunista del maquinismo significa la posibilidad de automatizar un gran número de actividades. Esto tampoco quiere decir que la clave de la “cuestión social” sea la automoción generalizada.

LA ABOLICIÓN DEL TRABAJO asalariado no es reemplazar al hombre por la máquina sino la *TRANSFORMACIÓN HUMANA DE LA ACTIVIDAD HUMANA* por medio de las máquinas. No se trata de reducir progresivamente o brutalmente el trabajo semanal de cuarenta horas a cero horas solamente. Un mundo donde la industria enteramente automática, trabajando una materia inagotable, proporcionando todo lo deseable e imaginable, llevaría al hombre al estado vegetal. Según se fijaran los límites con más o menos rigor se iría hacia el club de vacaciones permanente o a la generalización del estado de feto.

EL COMUNISMO ES EL FIN DE LA SEPARACIÓN ENTRE EL TIEMPO DE TRABAJO Y EL TIEMPO LIBRE, ENTRE LA PRODUCCIÓN Y EL CONSUMO, ENTRE LO QUE ES VIVIDO Y LO QUE ES EXPERIMENTADO.

La remuneración

La desaparición del sistema asalariado es suficiente para trastornar los cimientos de la vieja sociedad. La obligación de trabajar para sobrevivir desaparece. *EL TRABAJO CESA DE SER UN MEDIO DE GANARSE LA VIDA.* Deja

de ser un intermediario entre el hombre y sus necesidades. Es directamente satisfacción de una necesidad. En este sentido deja de ser trabajo. Lo que empuja a actuar cesa de aparecer como una necesidad exterior al individuo para convertirse en una necesidad interior: deseo de ocuparse, voluntad de ser útil.

La disociación entre actividad y remuneración, si no se entiende por remuneración el placer que puede proporcionar concretamente esta actividad, debe ir paralela a una transformación profunda del hombre: pide individuos responsables de lo que emprenden, exige que se desarrollen la iniciativa y la inteligencia y que desaparezcan el egoísmo y la mezquindad.

Es habitual explicar todos los males de la humanidad por la incorregible naturaleza humana. Es conocido que el hombre es un lobo para el hombre. Esto no explica nada pero muestra qué desprecio tienen para sí mismos los seres humanos. Es reflejo del fatalismo que desarrolla el capital que reduce al ser humano al papel de espectador de su propio desarrollo.

Querer mantener cualquier tipo de remuneración por un período transitorio, como proponía Marx, bajo una forma de distribución de bonos proporcional a las horas trabajadas no es deseable.

Si el desarrollo de las fuerzas productivas permite la revolución comunista, y hoy la permite, ésta no puede retrasar la plena aplicación de sus principios. Un sistema de bonos para remunerar y así forzar a trabajar estaría en contra de la revuelta espontánea de los oprimidos, de todos estos que se insurreccionan sin esperar ni poder, ni dinero, ni recompensa. Un sistema de bonos sólo tendría las simpatías de los burócratas, de los dirigentes, de todos aquellos que prefieren controlar y hacer actuar a los otros. Semejante sistema no haría más que frenar a los partidarios de la acción y no llegaría a atraer a sus adversarios.

Si es necesario en algún caso obligar a alguien a hacer cualquier cosa nosotros preferimos el método de la patada en el culo. Es más sincero y más eficaz.

No somos adversarios irreductibles de la utilización de los bonos. ¡Sería absurdo dejar los

diamantes a la libre distribución! Los bonos serían proporcionados en casos semejantes por las comisiones habilitadas. Cuando se trate de bienes relativos a la producción el bono será proporcionado por un consejo de fábrica. Cuando se trate de medicamentos raros o peligrosos serán proporcionados por los hospitales o los médicos... estos bonos no servirán para remunerar. Jugarán el papel que tiene actualmente una receta médica. Su uso será determinado por la naturaleza o la rareza de los bienes contra los que se “cambiará”.

La mayor parte de bienes posible, especialmente la alimentación, debe ser libre y gratuita bajo los auspicios de los comités y consejos revolucionarios en las zonas revolucionarias o por golpes-de-fuerza en las zonas no liberadas. Este es el método más simple, menos costoso, más agradable de distribución. Es el más apto para popularizar el comunismo. Vale más aplicar esta regla general, exceptuando la actuación rigurosa contra los abusos, que enmarañarse en los controles puntillosos y a disgusto en la distribución.

La pereza

¿Un programa como este no incitará a que se desarrolle la pereza? Si se pudiera abolir el principio de la remuneración del trabajo manteniendo el mundo tal cual es ahora esto sería verdadero con toda seguridad. Solamente el comunismo transforma el conjunto de las condiciones de vida y de trabajo.

El espíritu revolucionario no es el espíritu de sacrificio: cada uno olvidándose de sí mismo para servir a la colectividad. ¡Esto no es comunismo, esto es maoísmo!

El comunismo supone un cierto altruismo pero supone igualmente un cierto egoísmo. Sobre todo no opone el amor al prójimo contra el amor a sí mismo, pidiendo que lo uno esté al servicio de lo otro. No amamos ni a los curas ni a los aprovechados. Es el capitalismo que hace que el interés del individuo y el de la colectividad estén siempre en oposición: dar es renunciar...

El hombre comunista no será el hombre del renunciamiento ni de la fatalidad. La transformación de las mentalidades no reemplaza

la pedagogía. No existirá una imagen ideal con la que conformarse. No existirá por un lado la transformación de las estructuras sociales y por el otro la transformación de los individuos. Es el capitalismo que separa las cosas así. El proletariado se desalienará y sólo podrá hacerlo modificando el mundo y sus condiciones de existencia. Algunas semanas de revolución harán saltar por los aires decenios de condicionamientos. La cobardía, la codicia, la debilidad son el resultado de un cierto estado social. El engaño, la porra o la educación sólo podrán servir para rechazarlas si la situación que las engendra y les da cierta utilidad no desaparezca.

Con el comunismo estas tareas desaparecerán porque no corresponderán a nada.

Hay egoístas, perezosos incurables e incapaces irrecuperables lo cual no será forzosamente grave. El peor enemigo de esta gente no es la represión sino el aburrimiento. Haría ceder a las peores voluntades. Los hombres son animales sociales. Les hace falta valor para soportar ser inútiles en una colectividad donde viven. Incluso hoy día el parásito y el egoísta deben disimular. El sistema asalariado abolido será difícil hacerse ilusiones sobre su actividad. Cada uno será juzgado por lo que hará verdaderamente y no sobre el tiempo pasado en ello.

El comunismo no excluye los desacuerdos entre personas y entre grupos. Los aprovechados se arriesgan a que se les pidan cuentas. Si se les soporta y se les engorda es porque se querrá.

LOS COMUNISTAS NO TIENEN NADA EN CONTRA DE UNA SANA PEREZA. La sociedad revolucionaria no se hace para que uno se extenúe. Los perezosos no son condenables mientras no exigen de otros lo que rechazan para ellos mismos. Que los más animados no se dejen tomar el pelo, pero que no nos impongan sus gustos personales a todos!!!

Reemplazando el trabajo forzado por la actividad apasionada la mayor parte de las causas de una pereza sistemática desaparecerá. Desaparecerá también esta irritación que el que penca experimenta al ver al vago, que a menudo no es más que celos camuflados.

Los perezosos de hoy no serán forzosamente los perezosos de mañana. Algunos de estos que agitan y agotan por el estímulo de los beneficios tendrán necesidad de nuestra vigilancia.

En una sociedad comunista desarrollada, el maquinismo conferirá al hombre un gran poder. Cada uno podrá escoger su ritmo de vida. Uno se esforzará en aventuras costosas y gastará más que no aportará a la sociedad. Otro no hará gran cosa y será la sociedad que será deudora. No se tendrá cuenta de deudas.

¿Una vez el interés financiero haya desaparecido el espíritu de investigación y de invención se desvanecerá también? ¡Nadie se va a contentar con hacer su trabajo de manera rutinaria! Es un error creer que el afán de ganancias y el espíritu de investigación van parejos. El comerciante pacta con la mentira y la ilusión. El científico las debe descartar sin cesar. La ciencia aporta y la invención paga pero a menudo no son las mismas que descubren y que cobran. Incluso en el mundo capitalista el móvil de la pasión científica no es el dinero. Se recupera la creatividad y la imaginación para sacar dinero.

Reparto de tareas

¿Apoyándonos en la pereza nuestra sociedad no se arriesga a caer en el desorden? ¿Incluso si la buena voluntad es general, será suficiente todo esto para regular la cuestión de la coordinación del conjunto de las actividades?

¿No se precipitará todo el mundo hacia los trabajos agradables y abandonará los trabajos penosos antes que las máquinas hayan tenido tiempo de tomar su relevo? Resumiendo, cada uno haciendo la suya irían todos a la catástrofe.

La idea de que la sociedad moderna es muy compleja y que esta complejidad es inevitable está muy extendida. Esto no es sólo una ilusión. El individuo se siente perdido en la jungla capitalista. No llega a identificarse en ella y menos a comprender como funciona su conjunto. Es un error creerse que esta impresión es válida para toda sociedad moderna. Esta concepción no se debe necesariamente a la multitud de operaciones y situaciones que constituyen el conjunto social. Ella nació del alejamiento y

separación entre la decisión y coordinación por una parte y la acción por otra.

Esta impresión de complejidad y de extravío permanente que produce la sociedad capitalista ha repercutido en las descripciones de un mundo socialista. Se ha llegado a creer que el principal problema a resolver en la sociedad futura sería el de la planificación y la coordinación. Se ha imaginado la “fábrica del plan” que se encargaría de censar el estado de la economía, de determinar los coeficientes técnicos que relacionan la producción de un producto a otro producto: cantidad de carbón necesario para producir una tonelada de acero, por ejemplo. Esta fábrica propondría los objetivos realizables y se ocuparía de las revisiones necesarias durante la ejecución. Los problemas de la sociedad futura son vistos esencialmente bajo la óptica de la gestión (Castoriadis, *Socialismo o Barbarie*, N° 22).

La sociedad comunista también tendrá complejos problemas a resolver. La resolución de estas cuestiones no afectará a una instancia particular. No existe interés en prever las formas que tomará la actividad humana sino en determinar su contenido. Ya no se tendrá que unificar o gestionar lo que no se habrá separado. El productor libre se ocupará tanto de su actividad como de su contacto con el conjunto de las necesidades y de las posibilidades generales.

En la sociedad revolucionaria las relaciones entre los hombres serán limpias y transparentes. El miedo a la competitividad que obliga al secreto desaparecerá. Lo importante no es que cada uno llegue a la ciencia universal y que cada cerebro sea una “fábrica del plan” en miniatura. ¡Para qué me sirve saber de dónde han extraído el mineral del que han fabricado mi tenedor! Lo que cuenta es que las informaciones necesarias circulen y estén disponibles.

En una sociedad fluida donde habrá desaparecido el espíritu individualista y el patriotismo de empresa, donde las personas serán polivalentes, los individuos y los grupos se orientarán en función de las necesidades de la sociedad. Las necesidades sociales no se impondrán desde el exterior por mediación de una oficina centralizada: tanto si es una asamblea democrática como si es un comité dictatorial.

El individuo o el grupo no se deberá ya doblegar a la conciencia que tendrá de la situación si nos imaginamos esta conciencia como un simple reflejo de imperativos exteriores.

Actuaremos con toda seguridad en función de nuestra conciencia de las necesidades y de las posibilidades sociales pero no independientemente de nuestros propios gustos. A menudo no habrá compromisos que tomar. Sentiremos como necesidades sociales nuestras propias aspiraciones. Se está más inclinado a remediar lo que percibimos como carencia. Si me falta vino no tendré necesidad de irme a informar sobre las curvas y gráficas de producción de un ordenador para saber que quizás haría falta irse a ocupar de las viñas!!!

El hombre comunista no separa el ejercicio de sus gustos de su repercusión social. No se precipitará sobre tareas de las que ya hay quien se ocupa. De todas maneras sería estúpido pensar que todo el mundo sea uniformizado y se orientará al compás de las modas por las mismas ocupaciones.

La conciencia de lo que será necesario a la sociedad será más aguda que ahora. Todo el mundo se podrá informar y será capaz de comprender lo que funciona y lo que no, aunque ello no tenga repercusiones en cada uno, directamente. Los ordenadores constituirán unos instrumentos esenciales para la circulación e interpretación de informaciones.

La organización general de la sociedad no necesita, en absoluto, ni uno ni varios centros directores. Quizás haya personas que se ocupen particularmente de recoger informaciones, de prever, pero no tendrán que elaborar un plan en el sentido imperativo del término. ¡Planificar sería querer encadenar el futuro al presente!

La coordinación no permanecerá en una casta dada. La coordinación se efectuará sin cesar y a todos los niveles de la sociedad. Los hombres no estando separados por mil barreras, concertarán espontáneamente.

No se hará todo forzosamente con dulzura. Los conflictos serán inevitables. Pero el problema de la revolución no es librar la sociedad de todo tipo de conflicto, engendrar una sociedad donde todo sea armonizado “a priori”. Ciertos conflictos serán eliminados con toda seguridad, los que

oponen a las clases sociales, a las nacionalidades... En el mundo que queremos tienen cabida tanto las oposiciones como los acuerdos. *LA ARMONIA Y EL EQUILIBRIO SE ELABORAN A TRAVES DE LOS DEBATES Y LAS DISCUSIONES.*

La diferencia fundamental con la situación actual es que cada uno aportará en esta batalla solamente sus propias fuerzas. No podrán evocarse derechos abstractos derivados del mundo de las oposiciones y de las relaciones de fuerza concretas. El recurso a un cuerpo especial como el ejército o la policía para hacer “reconocer” la verdad de la causa ya nunca más será posible.

El comunismo hará del conflicto una cosa normal e incluso necesaria a condición evidentemente que el interés del conflicto sea superior a las desgracias provocadas. El capitalismo es profundamente conflictivo. Está fundamentado sobre la oposición entre clases; naciones e individuos. Todo el mundo está en oposición contra todo el mundo. Es para conjurar esta realidad que predica el amor beato y la “fraternidad”. La agresividad lo domina todo pero la imagen de la “paz” debe reinar. Si nunca uno se destripa no es en nombre de intereses particulares sino por el bien de la civilización, de los valores universales, etc....

¿No nos arriesgamos a perder mucho tiempo en charlar y en conflictos? Llevando los problemas de coordinación y ajuste al nivel en que se encuentran nos arriesgaríamos a ganarlo. La idea de que el tiempo es una cosa que se pueda perder o ganar es en sí bastante extraña. Desde el punto de vista comunista el problema no puede centrarse en saber qué método economiza más tiempo. Lo que importa es la manera como se va a emplear este tiempo.

¿Se tendrá placer e interés en discutir y armonizar, o se preferirá contentarse en aplicar sin discusión las decisiones de un comité director que habrá programado la ausencia de oposición?

Los hombres volverán a aprender a charlar y a polemizar de manera placentera. Las discusiones fastidiosas quedarán limitadas por el aburrimiento de los interlocutores pero también por el simple hecho de que muchas cosas no hará

falta discutir las, nos apoyaremos en la experiencia pasada.

Los trabajos penosos

Existen tareas francamente penosas y desagradables. Esperamos verlas reducidas con el maquinismo aunque antes nos habremos de ocupar de ellas y tampoco podrán limitarse todas.

Será inaceptable, y no aceptado tampoco por los interesados, que estos trabajos ingratos recayeran siempre sobre las mismas espaldas. Será necesario distribuir las entre el mayor número de personas posible por turnos. Será secundaria la pérdida de rentabilidad.

En la fábrica y otros lugares de producción podremos relevarnos tranquilamente de los puestos desagradables.

A nivel conjunto de la sociedad estas tareas ingratas serán también objeto de rotación. Se estará en el servicio de recogida de basuras una temporada cada año.

Los trabajos penosos lo son mucho menos si son la prolongación y contrapartida de actividades agradables. Actualmente los trabajos están parcializados extremadamente, las necesidades del uso “racional” de la fuerza de trabajo exigen que se haga aquello para lo que uno está especializado dejando el resto para otros. En la sociedad comunista el investigador podrá ocuparse de la limpieza de los locales que utiliza, el automovilista podrá participar en el asfaltado de las carreteras y los muertos los más indicados para cavarse su tumba.

Las actividades desagradables lo serán mucho menos si los que están ocupados en ellas les dedican una corta parte de su tiempo, no teniendo la impresión –como ocurre actualmente– de estar encadenados a ellas para toda la vida. Sobre todo estas actividades pueden desarrollarse en un ambiente distinto al de hoy día: sin jefecillos, sin la obsesión por el rendimiento. La recogida de basuras podría, por ejemplo, tomar el aspecto del carnaval.

Muchas actividades penosas lo son no tanto en razón de su propio carácter sino porque, en nombre de la racionalización del trabajo, son ejecutadas en serie y siempre por las mismas personas.

Estas transformaciones del ritmo, de la distribución y de la naturaleza misma de los trabajos, no serán programadas de antemano y preparadas desde “arriba”. Se harán en el taller en función de los deseos de la gente implicada. Si en una obra hay algún apasionado de la carretilla u otra tarea en general poco apreciada sería evidentemente absurdo hacerle renunciar a sus gustos.

No somos fanáticos de la igualdad. Sería imbécil que cuando nos faltaran cirujanos les condenáramos a hacer el trabajo de enfermeros. Este tipo de desigualdades no podrá ser atenuado más que por el desarrollo de la polivalencia y reconversión de personas hacia sectores verdaderamente útiles.

El fin de las separaciones

EL COMUNISMO SIGNIFICA EL FIN DE LAS SEPARACIONES QUE COMPARTIMOS NUESTRA VIDA

La vida profesional y la vida afectiva cesan de oponerse. Ya no existe un tiempo para consumir y un tiempo para producir.

Las escuelas, los lugares de producción, los centros de diversión... dejan de ser para siempre universos distintos y extraños entre ellos. Desaparecen progresivamente con la desaparición de su función especializada.

En el seno del proceso productivo, la jerarquización y el “corte en rodajas” de la actividad humana se enfrentan. ¡Esto será el fin de esta situación en la que el obrero es el ejecutante del diseñador, el diseñador el ejecutante del ingeniero, el ingeniero el ejecutante del que lo financia o de la administración!

La terminación de estas transformaciones nos llevará algún tiempo. No podremos borrar nuestro modo de vida inmediatamente, ni cierto tipo de desarrollo tecnológico, tampoco ciertas costumbres y deficiencias humanas. Aunque inmediatamente impondremos medidas para conseguirlo y harán sentir sus efectos desde la abolición de la producción mercantil y del sistema asalariado.

La separación entre la vida profesional por una parte y la vida afectiva y familiar por otra está ligada al desarrollo del trabajo asalariado. El

campesino se vio arrancado de su tierra y de su familia para ser integrado en el universo industrial. Antaño la familia constituía la unidad de vida y de producción. El hombre y la mujer, pero también los niños y los viejos participaban en el trabajo de la granja y los campos. Cada uno encontraba actividades útiles y al nivel de sus fuerzas.

A los reaccionarios les gusta defender la “familia” amenazada. Estos cretinos no aciertan a comprender que es precisamente el orden que defienden el que la ha convertido en lo que es. Los lazos de parentesco lo eran de ayuda mutua en el plano agrícola. Se extendían más allá de la pareja y su descendencia directa. Actualmente la familia sólo es el lugar de producción de niños. ¡Y quizás ni eso!: su papel económico es el de una unidad de consumo. La institución fundamental, la célula básica de la sociedad capitalista desarrollada, no es la familia, sino la empresa.

No pretendemos restaurar la antigua familia patriarcal para que asegure la producción en lugar de la empresa capitalista. Los lazos de sangre pudieron tener un gran papel en el pasado. No lo tendrán ya en el mundo moderno.

En la sociedad comunista y libertaria, para realizar una actividad productiva o no, la gente no será reunida por la fuerza del capital.

Nos asociaremos libremente según nuestros gustos comunes y afinidades.

Las relaciones entre las personal tendrán tanta o más importancia que la producción en sí.

No afirmamos que los lazos propiamente amorosos y profesionales vayan a coincidir. Esto será cuestión de opciones y del azar. Será mucho más probable que no lo es actualmente. Ciertos quieren ver en el comunismo la puesta en común de los niños y de las mujeres. Es una tontería. Las relaciones amorosas no tendrán otra garantía que el amor. Los niños no estarán atados a sus padres por la necesidad de comer. El sentimiento de propiedad sobre las personas desaparecerá paralelamente al sentimiento de propiedad sobre las cosas. Esto es muy inquietante para estos que necesitan la garantía del cura o el juez. La boda desaparecerá en tanto que sacramento estatal.

Lo cuestión de saber si dos... o tres o diez personas quieren vivir juntas e incluso ligarse por un pacto solamente les afecta a ellas.

No vamos a determinar o a limitar con anterioridad las formas de lazos sexuales posibles o saludables o deseables. ¡La castidad en sí no se puede rechazar! ¡Es una perversión tan estimable como otras!...

Lo que importa, aparte del placer y la satisfacción de la pareja, es que los niños se realicen en un medio que responda a su necesidad de seguridad material y afectividad. Esto no es asunto de moralidad.

En los restos de una familia podrida por la mercancía la hipocresía domina. Se atribuye al amor lo que no es más que seguridad económica, afectiva o sexual. Las relaciones entre los padres y los hijos han llegado al fondo de la degradación. Bajo el velo del afecto la voluntad de explotar responde al deseo de posesión. El niño lleva como una carga las esperanzas de los padres de no malograr su vida. Debe jugar con los juguetes, tener éxito en la escuela, mostrarse inteligente y tranquilo, activo y lleno de iniciativa. A cambio recibe un poco de afecto o de dinero para sus gustos.

Así como la familia, un paraíso de seguridad y amor en un mundo duro y hostil, no escapa a la realidad del mercado, la empresa no emerge de la afectividad. La amabilidad aparente, los apretones de manos esconden los desprecios, la rivalidad y la explotación. Todo el mundo es bueno, todo el mundo es amable, todo el mundo dialoga pero, sobre todo, todo el mundo se fastidia el uno al otro.

Producción y consumo

La separación entre producción y consumo aparecía como una división natural entre dos esferas bien distintas de la vida social. Nada tan falso. Esto tiene un doble aspecto.

Primeramente la frontera entre lo que es llamado tiempo de producción y tiempo de consumo es móvil desde el punto de vista histórico y confuso desde el punto de vista ideológico. ¿En qué categoría se sitúan la cocina y el deporte? Depende de que sean profesionales o aficionados. Lo que es determinante no es la

naturaleza en sí de la actividad: la cocina es más productiva que el correo en el sentido que supone una transformación material, sea asalariada o no.

Muchas actividades que se referían al consumo han pasado a la producción. El astronauta o el enfermo que respiran oxígeno en botella, el ama de casa que obtiene café molido o botes de conserva participan al desplazamiento de estas fronteras.

La escisión entre producción y consumo esconde la importancia que conserva el trabajo casero y no asalariado en el mundo moderno. Da un aspecto fijo y natural a una separación que es móvil y social.

En segundo lugar todo acto de producción es también y forzosamente un acto de consumo. No se hace más que transformar la materia de una cierta manera y en un cierto sentido. Al mismo tiempo que se destruyen o, si se quiere, se consumen ciertas cosas obtenemos o, si se quiere, producimos otras. El consumo es productivo, la producción es consumidora. Producción y consumo son las dos caras inseparables de una misma moneda.

Los conceptos de producción y consumo no son neutros. No se puede decir que sean burgueses. Pero la sociedad burguesa los utiliza. Un árbol frutal no es burgués porque produzca frutas. La noción de producción toma un carácter ideológico porque bajo la idea de engendramiento y despegue se desliza la de proyecto y de conciencia. Se mantiene la confusión entre las dos cosas. Todo termina siendo interpretado en términos de producción. Una gallina acaba por ser una fábrica de poner huevos.

Se enmascara la continuidad del ciclo por el cual el hombre primitivo o civilizado, capitalista o comunista, modifica, de manera simple o inteligente, individual o colectiva, irreversible o pasajera, en grande o en detalle, el mundo que le rodea e inseparablemente se transforma el mismo.

El uso totalitario de la noción de producción esconde la inserción y la dependencia radical del ser humano respecto a su medio y a las leyes naturales. Se interpreta todo en términos de dominación y utilización. El hombre, productor consciente y maestro de sí, parte a la conquista de la naturaleza. La gran potencia que la humanidad

había confiado a la imagen divina la atribuye directamente a la imagen que tiene de sí.

El comunismo no es la victoria de la conciencia sobre la inconsciencia. No es el estadio en que, después de estar consagrado a la producción de las cosas, el hombre al fin podrá producirse a él mismo, tomar de alguna manera el relevo al creador divino. Querer que el hombre sea su propio maestro, como es maestro del objeto que produce, es querer reunir lo separado bajo el signo de la producción, la separación pues. El productor no dejaría de ser un objeto, sería simplemente él mismo su propio objeto.

La escisión entre producción y consumo se enfrenta para que desaparezca la separación, bien concreta pero arbitraria desde el punto de vista de la naturaleza y de la psicología, entre el tiempo empleado en ganar dinero y el tiempo empleado en gastarlo.

Para el hombre comunista consumir no se opondrá a producir ya que no será antagonista ocuparse de sí mismo y ocuparse de otros. Y esto porque produciendo para otros, empleándose para otros, crea valores de uso que pueden servirle a él mismo. No se producirán zarpas para luego estar obligado a comprarlos en el mercado.

Sobre todo la producción se transformará y será creación, poesía, derroche. El grupo o el individuo se expresará a través de lo que haga. En esto la revolución es la generalización del arte y su superación en tanto que sector mercantil separado.

Continuando razonando desde el punto de vista de la oposición entre consumo y producción se puede decir que, encontrando satisfacción y placer (o a la inversa, insatisfacción y disgusto) a través de su actividad productiva, el hombre será consumidor. El ordenador o la pala que utilizará no tendrán valor fundamentalmente diferente del automóvil o la alimentación que empleará en otro momento.

El comunismo no es absolutamente la producción puesta al fin al servicio del consumidor, no puede ser como en el capitalismo la dictadura de la producción. Dándose a una actividad se adquirirá un cierto poder. Hasta cierto punto se podrá disponer del fruto de nuestros esfuerzos, dar o no dar lo que se ha producido. Sobre todo proporcionando tal bien o

tal servicio y haciéndole tomar una forma particular se influye en el campo de las posibilidades de la sociedad. La actividad de los utilizadores quedará determinada por la de los productores. No hay motivo para que estos últimos abusen de un poder que de ninguna manera será un poder político o separado sino la simple expresión de la utilidad de sus ocupaciones.

El “consumidor” no podrá reprochar al productor la imperfección de lo que hace en nombre del dinero que no le dará a cambio, sino simplemente criticarle no desde el exterior sino desde el interior. Lo que se criticará será su obra común si participan en el mismo trabajo. Si alguien no está satisfecho de lo que se hace o de lo que no se hace no podrá evocar su derecho abstracto de consumidor. No tendrá nada más que oponer que su propia capacidad de hacerlo mejor o al menos hacer valer su propia capacidad o contribución. La crítica será apasionada y positiva.

No podrá ser del estilo de mofarse para luego no comprometerse.

Producción y educación

La separación entre la vida productiva y la educación no es fruto de la necesidad. No se encuentra su razón de ser en la importancia creciente del saber a tragarse. Antes bien, hay que comprender por qué es necesario que el saber ya no sea el fruto directo de la experiencia.

El fundamento de esta escisión es que el proletario no debe poder ocuparse de él mismo, de su placer o de su formación, cuando produce. Esta separación esencial para la supervivencia del mundo de la economía es de un coste muy elevado. Comporta la inmovilización de una parte importante de la población, en las escuelas, los centros de aprendizaje profesional, las universidades, que podrían ser útiles fuera y divertirse mucho más. No permite una buena adaptación de las capacidades humanas a las necesidades de las actividades a las que debe conducir.

Esta formación en probeta se ve complementada por un aprendizaje en el taller que se efectúa a menudo clandestinamente.

La escuela es presentada como un “servicio público” por encima de las clases sociales. Su utilidad se nos hace ver como incuestionable... ¿quién tendría la audacia de hacerse apóstol de la ignorancia? Los espíritus preclaros intentan cargarse el contenido de la enseñanza. Le reprochan que es arcaica, que está separada de la vida, que es un factor de subversión. Según sus gustos los alumnos deberían aprender a leer en la Biblia, el Manifiesto Comunista o el Kamasutra!!!

Los extremistas comienzan a echarle la culpa a la escuela en sí. No es en nombre de su nefasta “eficacia” sino en nombre de su ineficacia! La toman con la escuela para poder así defender mejor la pedagogía.

Es necesario aprender y aprender siempre... Tragarse esta pasta insípida que llaman cultura. ¡El mundo es tan complejo...!

¿No lo comprendéis? Entonces os hace falta un “reciclaje”.

Nunca la gente había aprendido tanto y jamás habían sido tan ignorantes en lo que concierne a sus vidas. Han sido sumergidos, molidos a palos por la masa de informaciones que supuran de la universidad, los diarios, la televisión.

La verdad no saldrá jamás de la acumulación del saber-mercancía.

Es un saber muerto e incapaz de comprender la vida porque su naturaleza profunda es exactamente el estar separado de la experiencia y de lo vivido.

La escuela es el lugar donde se aprende a leer, a escribir y a calcular. Pero la escuela es sobre todo el aprendizaje del renunciamento. En ella aprendemos a soportar los disgustos, a respetar la autoridad, a competir entre los compañeros, a disimular, a mentir. Allí se sacrifica el presente en aras del futuro.

*EL COMUNISMO ES LA DESCOLO-
NIZACION DE LA INFANCIA.* No habrá, nunca más, necesidad de una institución particular para educar. ¿Os inquietáis por saber cómo lo harán los niños para aprender a leer?... Haría falta inquietarse más por saber cómo aprender a hablar!!!

La escuela disocia e inculca la disociación entre el esfuerzo o el aprendizaje y su necesidad. Lo que importa es que el niño aprenda a leer porque es necesario que aprenda a leer y no por satisfacer su curiosidad o su amor por los libros. El resultado paradójico es que si ha hecho retroceder el analfabetismo al mismo tiempo ha anulado el gusto y la capacidad verdadera de leer en la mayoría de la gente.

En la sociedad comunista el niño aprenderá a leer y a escribir porque sentirá la necesidad de instruirse y de expresarse. El mundo infantil, al no estar separado del resto y de la vida social, creará en él una necesidad imperiosa de aprender. Aprenderá a leer y a escribir tan naturalmente como aprendió a andar y a hablar. No lo hará únicamente por sus propias fuerzas. Encontrará a sus compañeros mayores o a sus padres que le ayudarán. Las dificultades que encontrará le serán útiles. Superándolas aprenderá a aprender. Al no recibir el saber como alimento precocinado de la mano de un educador, tomará la habitud de observar y de escuchar, será capaz de elaborar los conocimientos y hacer deducciones partiendo de sus experiencias. Esto será la compensación de lo vivido frente a la programación escolar o extra-escolar de los seres humanos.

Los hombres intercambiarán sus experiencias y se comunicarán sus conocimientos. Los lugares y los momentos que escogerán para hacerlo estarán en función de su comodidad. La forma de relación no será determinada previamente. Dependerá del contenido del intercambio y del saber recíproco de los interesados en el asunto en cuestión. Sin disgustar a los fanáticos de la pedagogía activa si 10 o 10.000 personas esperan saber lo que sabe un solo individuo lo más simple será reinventar la clase magistral.

El interés moderno por la pedagogía expresa el hecho de que el método no se impone a partir de un contenido determinado. Cuando ya no hay nada que decirse, el contenido de la enseñanza se ha hecho intercambiable, entonces se discute la forma de decirse las cosas. Es cuando la sopa es mala que uno se interesa por la limpieza del plato.

¿Qué pasaría en el mundo de la producción capitalista si a menudo los trabajadores tuvieran verdaderamente el derecho a experimentar y no

fueran juzgados por su rentabilidad inmediata? Rápidamente olvidarían por qué han sido contratados. Derivarían de experiencia en ensayo, de ensayo en experiencia. No produciendo abandonarían rápidamente el rendimiento por la investigación de su propio placer, dado que a nadie le interesa lo que está produciendo. La felicidad del descubrimiento y la locura de la libertad, el desmadre total y cachondo, sustituirían a la rutina y a la repetición. Los contactos que se desarrollarían entre los trabajadores bajo el pretexto de mejorar la producción por el intercambio de experiencias podrían tomar otros rumbos.

¿Por qué no ceder a la embriagadora felicidad del sabotaje colectivo, por qué no organizar juegos, por qué no reorganizar y transformar la producción hacia formas directamente aprovechables por los trabajadores?

El principio del sistema asalariado impide que se pueda tener confianza en los trabajadores para someterse a las necesidades de una producción que no le concierne. Los más alienados, los más doblegados, los más serviles de los asalariados no podrían ser retenidos por este sistema resbaladizo.

No se puede dejar a un obrero disponer de sí mismo durante la producción. Si se le deja ocuparse de sí mismo le tomará gusto dirigirse contra el capital que le niega en tanto que ser humano. Como instrumento hay que tratarle.

La división capitalista entre la producción y el aprendizaje tiene sus límites. Es imposible disociar completamente la producción, la educación y la investigación. La producción, el trabajo más estúpido, exige una cierta adaptación del trabajador y la capacidad de hacer frente a una situación no programada. Igualmente, la educación más abstracta se debe concretar en ciertos “productos”, aunque tan sólo sea una “chuleta” para copiar en un examen. La necesidad de un control exterior repercute en la producción.

El alumno no es como un papel donde se imprime el saber. No podría aprender nada si permaneciera completamente pasivo. El aprendizaje no puede separarse completamente de la experiencia y la producción, incluso si se separa de la esfera económica propiamente dicha. La escuela sirve para proporcionar un marco limitativo y un contenido a esta actividad limitada y para desconectarlo todo de la vida real.

La enseñanza funciona y se perpetúa gracias a los principios que rechaza. Esto vale tanto para el aprendizaje de la lectura como de la redacción. Así esta última es la negación de toda comunicación. El alumno debe aprender a expresarse por escrito, independientemente de lo que tenga que decir e independientemente de a quien vaya a dirigirse (!)... Es un ejercicio completamente vacío. Si el alumno llega a escribir, pues está obligado, no podrá hacerlo más que poniendo un cierto tipo de comunicación.

Así como el obrero que está obligado a trabajar sólo podrá efectuar su trabajo colaborando hasta cierto punto. No se puede ser un simple ejecutante, una máquina.

El sistema de producción se hundiría si los trabajadores no experimentarían, se ayudaran entre ellos, se aconsejaran. La organización jerárquica del trabajo no puede sobrevivir sino son escarnecidas permanentemente sus reglas. La organización jerárquica del trabajo impone unos límites a estas ilegalidades y escarnios y también a la actividad espontánea de los trabajadores para impedirles que se desarrollen y se conviertan en peligrosas para el sistema y subversivas realmente.



Este texto puede ser
reproducido en la
manera que se
considere oportuna.

CRITICA DE LA POLITICA

Hasta ahora se creía que bastaba simplemente con negar el mundo del poder y de la política, con tratar como degeneraciones de este mundo el sistema de la representatividad, de las jerarquías, de las burocracias, de la división entre dirigentes y ejecutantes, de los intermediarios entre poder y pueblo. Pero sólo se era capaz de hacerlo, claro está, en nombre de *otra política*, de una política digamos anti-autoritaria. Seguíamos pues apresados por los engranajes complejos del mundo de la política.

La *crítica de la política* que aquí se emprende pretende ser algo más que la fácil denuncia anarquizante del poder como elemento de corrupción: trata de esbozar las motivaciones profundas de toda actitud radical. Pretende contribuir con ello a afirmar la vida frente a la mera supervivencia a que se nos condena, intenta recobrar así la plenitud de nuestro ser individual y colectivo frente a las estructuras ajenas y hostiles que se proponen regirlo.

